

BECCA BERGER



Relatos

SEGUNDAS OPORTUNIDADES



RELATOS



Copyright ©2017 Becca Berger

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Agradecimientos

Gracias a ti que tienes el libro en tus manos, y le das una oportunidad a estas historias cortas. Espero que las disfrutes, y pases un momento agradable.

Gracias a cada una de mis queridas Abogadas del Demonio, cada día es un placer hablar con ustedes, conocer un poco más de cada una, aunque en ocasiones quieran matarme. Las aprecio mucho, y espero que disfruten este libro.

Clara (Socia), por el apoyo y soportarme durante todo el proceso de este libro, y las historias que pasan por mi cabeza. Cada una de ellas no podría ser posibles sin ti, nunca me cansaré de agradecerte y molestarte. Y sobre todo porque tú y Mery le dieron las alas a estas historias que hoy seguirían siendo anónimas. Gracias Mery por los consejos, paciencia y apoyo que me das todos los días, espero pronto tener tu libro entre mis manos, te adoro, y siempre estaré ahí para ti. Gracias Nicotina (Majo Suazo) por tu sinceridad y amistad.

Ange por hacer un trabajo exprés con la historia, y dedicarle tantas horas para pulir cada uno de los relatos, muchas gracias. Y espero pronto vernos en Chile.

Elizabeth Michel, MJ Daniels, Clara Hernandez y Annie Hernandez de Flores por tomarse el tiempo para leer y compartir conmigo sus comentarios y observaciones.

Caro y Magaly por estar siempre ahí y apoyarme a cada paso que doy, las quiero infinitamente. Mosqueteras para siempre. Gracias Aide por tu amistad y las locuras que hemos vivido.

A mi familia por apoyarme en cada paso que doy, sin ellos jamás habría podido. Los amo, gracias una y otra vez. Este va en especial para mi Papá por ser quien siempre está ahí no importa si está cansado o fue un mal día, gracias por escucharme en todo momento y apoyar cada paso que doy, te amo.

A todas las personas que me han apoyado en este largo camino son tantas que no quiero dejar a ninguna afuera, pero si por algún motivo olvido mencionar a alguien, pido una disculpa, los llevé siempre en mi corazón, y tiene mi permiso de jalarme las orejas. Lidiane Gomes. Izamari de Chaos Angeles gracias por tu apoyo y compartir a nuestro querido Acheron, Viri Villareal gracias por el apoyo y ser tan genial, Annie de Trance de Letras no tengo palabras para agradecerte. Eli de Adictabooks ¡Muchas gracias!, Guadalupe de Sueños entre páginas, Dai Alvarado de Viviendo dentro de las páginas siempre te estaré agradecida. Prima (Ale) por tu sinceridad y esencia, Distrito 12 (Romi, Osita, Ale, Jols, Victor, Roman, Beto y Amo x México) por ser tan especiales y únicos.

Gracias por su amistad y apoyo: Anabelle, Janira, Laura, Amafle, Yerleris, Karina Pasos, Miriam beffa, Edith Vazquez, Mary Salazar, Tamis, Brenda, Yess, Ilse, Ainhoa, Valentina, Liliana, Pau López, Annie, Athiziri, Bertha, Fabiana, Gabriela, Gerina, Jenny, Laura, Lupita, Malle, Miguelina, Pato, Saibel, Sandy, Sofía, Vero, Dianna, Silvia, Kath, Gaby, Abigail, Cili, Isabel, Sonia, Iliana, Iris Castillo, Yorl, Niyireth, Majo y Pilar muchas gracias, este libro es para cada una de ustedes. Las quiero.

Más allá del divorcio

Con un suspiro, Clara miró su reloj. Unos minutos más y se iría de aquel lugar. No entendía por qué le había dicho a sus compañeras de la oficina que iría si sabía que no estaría a gusto en aquella fiesta.

Con una triste sonrisa recordó otra época en su vida en la que hubiera disfrutado de estar junto a su esposo, bailando y disfrutando del momento. Negó con la cabeza y se regañó por pensar en él. Aunque lo negara, sabía que jamás habría otro hombre en su vida. Algunos la invitaron a salir, pero nunca aceptaba sus invitaciones, el solo imaginar que alguien más la tocara o besara hacia que quisiera salir corriendo y que su corazón se retorciera de dolor ya que solo despertaban en ella dolorosos recuerdos.

Estaba tan concentrada en sus pensamientos que no notó que la entrada de un misterioso y atractivo extranjero atrajo la atención de todas las personas. Era más alto que todos los hombres en la sala, con cabello oscuro y facciones marcadas que le daban un aura peligrosa.

Alexander en cuanto entró, la localizó. Se encontraba en un rincón apartada de todos. Tuvo que contenerse para no ir corriendo hacia ella y besarla como había soñado todas esas largas noches solitarias; en cambio, caminó lentamente mientras disfrutaba de la vista. Vio a Eduardo, uno de los compañeros de trabajo de su esposa que se había atrevido a invitarla a salir. Apretó los puños y tuvo que contenerse de no ir y estamparlo contra la pared, así todos sabrían que Clara era suya y lo que podría pasarles si se atrevían a buscar algo más con ella. Frunció el ceño y sacudió ligeramente la cabeza para calmarse, se recordó que pronto estaría con él de nuevo y eso hizo que se tranquilizara y concentrara en su mujer y la reacción que tendría cuando lo viera.

Había decidido darle tiempo cuando se dio cuenta que ella huyó de Atenas. Sabía que fue injusto el pensar que con tan solo dieciocho años se acostumbraría a su estilo de vida, y su familia no le había facilitado las cosas. Fue un duro golpe el firmar los papeles de divorcio, pero para él, Clara seguía siendo su mujer y era hora que ella ocupara ese lugar.

Cuando estaba a solo unos pasos de ella, una mesera apareció a su lado y le ofreció una copa de Champagne, él le contestó con un simple gracias sin apartar la mirada de su objetivo.

Clara reconoció esa voz a la distancia, y un escalofrío recorrió su piel. Se giró lentamente a medida que sus palabras lograban penetrar en su cerebro una y otra vez, mientras rogaba que no fuera Alexander. El mundo parecía haberse quedado suspendido en el aire, casi no podía respirar.

Al verlo, solo pudo quedarse en silencio mientras sus mejillas perdían el color de golpe. Pasaron más de cinco años desde la última vez que lo vio, cuando firmaron los papeles de divorcio. Un dolor casi insoportable que había logrado dormir por meses resurgió con tal intensidad que le costaba respirar, sabía que si no se movía sus piernas fallarían en cualquier momento. Se encontraba en estado de shock. No podía creer que estuviera ahí. Él debió sentir su turbación porque le ofreció aquella sonrisa que era solo para ella, llena de ternura, y una mirada perversa y divertida. Todo alrededor se paralizó. Clara tuvo que luchar para ocultar el dolor en su mirada e intentó poner cierta distancia retrocediendo. Pero Alexander tenía otras intenciones. Caminó hacia ella con la elegancia de un puma acechando a su presa.

—Hola, Clara. ¿Pensabas irte sin saludar a tu esposo? —dijo con voz ronca, recorriendo con avidez cada una de sus delicadas facciones, disfrutando mirar aquellos hermosos ojos color ámbar.

—Alex... ¿Qué haces en Guadalajara? —tartamudeó nerviosa, sin saber qué decir.

—He venido por algo que me pertenece. —Algo en su voz y tono ligero hizo que se estremeciera. No la engañaba, detrás de aquel aspecto indiferente podía sentirlo tan tenso como ella.

—Entonces, te deseo suerte en tu búsqueda. Si me disculpas, me tengo que ir.
—Sin esperar respuesta se dio la vuelta y se alejó de él, pero Alexander fue más rápido y le pasó un brazo por la cintura. Intentó separarse, pero él apretó su agarre y le susurró al oído.

—A menos que quieras hacer un escándalo frente tus compañeros, vendrás conmigo y hablaremos en un lugar más tranquilo, *Agapi Mou*.

—No me llames así —siseó molesta, pero fingiendo una sonrisa. Que la llamara así como en los días más felices que compartieron fue como echarle sal a la herida. Sabía que estaban llamando la atención de los invitados y no quería que su jefa se acercara a ellos, no quería ver cómo trataría de conquistar a su ex-esposo—. Tu amor es Atenea. —No pudo evitar que su voz sonara dolida y llena de resentimiento.

—No juegues con mi paciencia, pequeña.

Antes de que pudiera decir nada más, él bajó sus labios y la besó. Fue un golpe demoledor. Ella se resistió por unos segundos, pero sin darse cuenta envolvió los brazos alrededor de su cuello y se pegó a él. Clara no quería que esto pasara, pero su cuerpo no escuchaba. Bastaba un simple roce de Alexander para que perdiera el control y se dejara llevar. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se separó y se llevó una mano a los labios.

—No vuelvas a tocarme, Alexander. Hace mucho perdiste el derecho de hacerlo —soltó con amargura.

—¿Y de quién fue la culpa? ¿Quién huyó de su casa a medianoche sin avisar?
—explotó cuando ella solo lo miraba con resentimiento.

—Y tú no me buscaste —le reclamó con dolor.

—Te busqué por días en hospitales y hoteles. Recorrí las calles de Atenas sin saber nada de ti. —Apretó la mandíbula al recordar aquellos momentos que sentía se volvería loco de la desesperación. En un principio, creyó que tuvo un accidente y la imaginó sola y mal herida en algún hospital. Con el paso de los días se dio cuenta que lo había abandonado. En ese momento sintió como si alguien le hubiera arrancado el corazón. Quería ir por ella, pero tenía que darle tiempo para que pensara las cosas. Sin embargo, cuando un abogado se

puso en contacto con él, se puso furioso y actuó enojado. No había día en que no se arrepintiera de haber firmado aquellos papeles.

—Te dejé una nota —dijo con un susurro al ver el dolor reflejado en su mirada.

—No había ninguna nota.

—¡Te la dejé en la cama! —alzó un poco la voz.

—No insistas en esa mentira. Si hubieras dejado algo, lo habría visto. ¿No crees? —dijo, sarcástico.

—Aunque no me creas, la deje ahí. —Al ver la duda en los ojos de Alexander supo que él no había visto su nota. Seguramente alguien la había escondido —. Tienes que creerme, no me hubiera ido sin decirte donde estaría...

Alexander juró en griego. Supo que tendría que tener otro pleito con su madre. No creía en las casualidades y que esa carta hubiera desaparecido solo podía ser obra de ella. —Averiguaré que pasó con la carta. Lo prometo, *Agapi Mou*.

—Te estuve esperando por días en Santorini —sonrió con nostalgia— en aquel hotel donde nos conocimos. —No podía negar que creyera en ella significaba más de lo que le gustaría.

Los dos se quedaron en silencio, reprochándose a sí mismos el no haber hablado antes de tomar aquellas decisiones.

Alexander se daba cuenta que en la vida uno comete errores por no tener el valor de hablar directo con las personas que amas, y dejar aquellos que parecen pequeños problemas se hagan más grandes, pero no se debía permitir que se estropeará su vida. Tenían que aprender a afrontar sus errores y seguir adelante. No podían seguir huyendo. La vida era un riesgo constante, pero si la afrontaban juntos superarían cualquier cosa. Ahora solo tendría que convencerla.

—Nunca llegaste —terminó Clara con un suspiro.

—Pero ahora estoy aquí, y no pienso irme sin ti.

Aquella declaración hizo que un millón de emociones la recorrieran: incredulidad, amor, confusión, miedo e ilusión. Pero Clara no estaba dispuesta a sufrir otra vez, ya había pasado por todo esto una ocasión y no soportaría repetir la historia. Así que, ignoró la ilusión que hizo palpar su corazón y prefirió aferrarse a la cruda realidad. Venían de dos mundos completamente diferentes, y su familia jamás la aceptaría. Era hora de cerrar aquel ciclo y cada uno seguir su camino.

—Supongo que tu familia no sabe que estás aquí —dijo con amargura, recordando los constantes desplantes que le hacían, criticando siempre lo que se ponía, lo poco adecuado de su lenguaje y maquillaje, y comparándola con la bella y perfecta Atenea.

Sabía que había actuado precipitadamente y cometido el error de escuchar y dejar que le afectaran aquellas palabras mal intencionadas de la madre y hermanas de Alexander, pero era muy joven para saber defenderse y fueron acabando día a día con su autoestima hasta que no pudo más. Y en el fondo, siempre había esperado que él la fuera a buscar, pero cuando pasó el primer año y no tuvo ninguna noticia de él supo que ya la había olvidado y decidió ponerle final a su matrimonio, aunque en el proceso se le hubiera roto el corazón.

—Lo que haga no es asunto de ellos.

—¿Estás seguro? —dijo, alzando una ceja. No sabía qué le estaba dando el valor de decir todo aquello que calló en su momento—. ¿No dirán nada si publican una foto nuestra en algún periódico? Seguro tu madre criticará mi peinado y maquillaje —se burló.

—Lo único que importa somos nosotros. —La tomó de la mano y la guio hacia la salida.

—¿A dónde crees que me llevas?

—Vamos a mi hotel a hablar. No podemos seguir hablando de nuestra vida frente a todos —contestó mientras le abría la puerta del salón.

Era un noche fresca y Clara se estremeció, Alexander se quitó el saco y se lo

puso sobre los hombros. Ella sin pensarlo llevó el cuello de su saco a su cara para aspirar aquel aroma varonil. Un pequeño suspiro que no pasó desapercibido para él, escapó de sus labios.

Clara alzó el rostro y al ver la mirada oscura y posesiva de Alexander, se sonrojó y recuperó la compostura.

—No creo que sea buena idea. Podemos ir a tomar un café.

—Ahí no podremos hablar. Por favor, Clara.

Las últimas palabras hicieron que no pudiera negarse y solo asintió con la cabeza. Esperó a su lado mientras el valet parking traía su carro, sintiendo el frío y calor recorriéndole a la vez por todo el cuerpo.

—Algunas cosas nunca cambian —dijo con una sonrisa divertida al ver el mercedes gris pararse frente a ellos.

—En eso estoy de acuerdo, pequeña. —Tomó su barbilla con una mano y alzó su rostro para que lo viera a los ojos—. Como esto —dijo con gesto posesivo antes de bajar sus labios y besarla suavemente. La abrazó y sonrió contra sus labios cuando ella comenzó a responder el beso. Se separó suavemente y depositó un corto beso en su frente—. ¿Estás lista?

Un poco aturdida, contestó—: Sí, pero no me despedí de nadie.

—Ellos entenderán —dijo simplemente mientras la ayudaba a entrar al carro.

El silencio reinaba en el carro, solo sonaba los acordes de *Fix You* de *Coldplay*, y Clara sentía el peso de sus decisiones y temores como un yugo alrededor del cuello. No era ingenua para no saber qué era lo que quería Alexander, la pregunta es qué deseaba y haría ella. Su vida era monótona y aunque sabía que no era feliz, se sentía segura, tenía un trabajo estable, amistades y tenía el control sobre su vida. Iba hacia una dirección segura donde podía evitar el dolor de otro desengaño. Pero no podía engañarse, nada de eso era suficiente, le mataba no tenerlo a su lado, su corazón era terco y se negaba a decirle adiós. Lo amaba más que nada en el mundo, aunque todo los separaba.

El carro se detuvo en un semáforo rojo y Alexander la estudió, ¿sería

consciente de lo transparente que resultaba su rostro? Bastaba una mirada para saber qué estaba pensando.

—Cuando frunces el ceño de esa forma me dan ganas de borrar cada una de tus preocupaciones a besos. —Tomó su mano, le dio un beso y la dejó sobre su pierna. Que Clara no retirara la mano era una buena señal.

—Tengo miedo —se atrevió a confesar, acariciando su pierna con lágrimas en los ojos.

—Miedo tengo de despertar un día y mirar nuestra cama y saber que nunca más estarás allí. Tengo temor de no poder tenerte nunca más entre mis brazos, de no ver tu hermoso cabello chocolate sobre mi almohada, que jamás vuelva a despertar con tus besos, de no sentir el éxtasis al estar dentro de ti. Tengo miedo de perderte otra vez...

Unas lágrimas llenas de dolor se escaparon de sus ojos, y dejó que corrieran por su cara, lo necesitaba. Todo este tiempo solo había pensado en lo que ella había sufrido, nunca se había parado a pensar en Alexander y cómo lo había afectado, pensando que ella no le importaba.

—A veces el amor no es suficiente. —Tenía que ser sincera y recordar que aún estaban aquellas personas que harían todo por tratar de separarlos. Estaba claro que se amaban, pero aún existían muchos problemas sin resolver. Quería continuar hablando, pero un sollozo se lo impidió.

—Ya casi llegamos, pequeña. Ahí hablaremos bien.

Ninguno de los dos habló más hasta que llegaron al hotel a las afueras de la ciudad. Clara estaba asombrada.

—¿Cómo encontraste este lugar? —le preguntó sorprendida Clara—. Nunca había visto este hotel, es increíble. No puedo creer que este en medio del bosque.

—Sabía que te gustaría —sonrió, tomando su mano—. ¿Cenaste algo o tienes hambre?

—La verdad es que podría comerme todo un banquete. No he comido nada en todo el día más que un jugo en la mañana.

—Eso tiene que cambiar, tienes que alimentarte bien —la regañó—. Vamos al cuarto, cenaremos ahí.

Cuando entraron a la habitación, él encendió la calefacción y la guio al sillón.

—Ahora vuelvo, espera un momento —le pidió mientras sacaba el celular de su bolsillo y comenzaba a marcar. Clara no supo a quién llamaba porque se encerró en su habitación y no escuchó nada.

Unos minutos más tarde, Alexander salió del cuarto y se sentó a su lado. — En unos minutos nos traerán la cena.

—¿Has pedido por mí? —le espetó, alzando la ceja.

—Sí, aún recuerdo muy bien que no puedes resistirte al *Papoutsakia* y *Chocolate Espresso* —contestó con una sonrisa engreída.

—¿Aquí preparan *Paputsakia*? —cuestionó asombrada.

—Hice algunos pedidos especiales hace un par de días.

—¿Ya tenías todo planeado? —le dijo rodando los ojos con una sonrisa en los labios.

—Sabes que sí. Y aunque no quieras admitirlo, estás feliz de estar aquí.

—No podemos aferrarnos a esta ilusión, Alexander, ya nos hemos dañado mucho. Es mejor dejar las cosas como están, todavía estamos a tiempo.

—¿Prefieres vivir a medias? —cuestionó incrédulo, parándose del sillón y dando vueltas por la sala. Se pasó una mano por el cabello tratando de pensar.

Algo en la forma que habló hizo que se le encogiera el estómago. —Son demasiadas cosas las que nos separaron, y esas siguen ahí...

—Dime qué cosas, en qué me equivoqué, así podremos solucionarlo. Pero habla de una maldita vez. No guardes silencio —dijo con un gruñido Alexander, mirándola sin pestañar—. ¿Qué decía esa carta, Clara? Merezco saberlo.

Clara se levantó y fue hacia la ventana, dándole la espalda. —En aquella época era solo una jovencita enamorada. Cuando te conocí —sonrió y se abrazó— cambiaste mi mundo. Supe que sería tuya para siempre, todo era perfecto, nos amábamos y la luna de miel fue tan perfecta que en muchas ocasiones me tuve que pellizcar porque creía que estaba soñando... —guardó silencio por un instante recordando los días en la playa, cómo habían hecho el amor a todo momento, compartido sus sueños y sin barrera alguna entre ellos.

—¿Qué pasó? ¿Qué cambió?

—Tú, yo, tu familia, Atenea. Tu mamá se pasaba todo el día diciéndome lo poco adecuada que era para ti. Cuando compraba un vestido para que te sintieras orgulloso de mí, ella y tus hermanas se burlaban y decían que no era más que una pequeña vulgar, que pronto te arrepentirías de casarte conmigo. Las primeras veces traté de no escucharlas, pero las críticas cada día se hacían más. Y para colmo, invitaron a pasar una temporada a la casa a Atenea y tú le prestabas más atención a ella que a mí. —Dejó escapar un sollozo recordando el dolor. Recargó la frente contra la ventana mientras las lágrimas corrían por su rostro y comenzaban a temblarle los hombros.

Alguien tocó la puerta, interrumpiendo el momento. Alexander maldijo y estuvo a punto de gritar que se largara, pero se apretó el puente de la nariz y dijo—: Ahora regreso, debe ser el servicio a la habitación.

Con mala cara recibió la cena, sin dejar pasar al mesero más allá de la puerta. Él acomodó todo. Nadie vería así a su mujer.

Cuando regresó a su lado, ella se había quitado los tacones y seguía de frente a la ventana, dándole la espalda.

—¿Quieres cenar ahora? —Quería seguir conversando, pero le preocupaba que ella no hubiera comido aún.

—No, no tengo apetito —susurró con tanta firmeza como fue capaz.

—Atenea solo es como una hermana más para mí. ¿Por qué no me dijiste todo esto, Clara?

—Tenía miedo que pensaras que era inmadura, así que me callé. Hasta que ya

no aguanté más.

—¿Crees que no valía la pena luchar por lo nuestro? —La expresión en el rostro de Alexander se volvió tensa.

—Estuve a punto de contarte todo, pero ese día escuché a tu madre platicar con Atenea que estabas preparando todo para nuestro divorcio y que ella sería la nueva Sra. Zabat. Ahora me doy cuenta que todo fue orquestado para que me alejara de tu lado, y funcionó —dijo con el dolor marcado en la voz.

De pronto, Alexander estaba atrás de ella, podía sentir su respiración en el cuello. El corazón le dolía a cada latido, las lágrimas no dejaban de recorrer sus mejillas y tuvo que callar en su garganta un gemido de angustia porque deseaba tanto darse vuelta y abrazarlo y no soltarlo nunca, sentir la seguridad de sus brazos y alejar todos los miedos que aún la acechaban. Decidió por una vez ser valiente y dar el primer paso, pero no fue necesario porque Alexander lo hizo por ella. Fue él quien la tomó entre sus brazos mientras ella se aferraba a él.

—Te amo, *Agapi Mou* —dijo con un nudo en la garganta. Al verla tan indefensa en sus brazos, tuvo que controlar la ira que sentía contra su familia. Se alegraba de haber establecido a su madre en Agrinio, lejos de su hogar donde no podrían dañar más a su esposa—. Nada volverá a separarnos.

—Pero...

—Nada de peros, ya me aseguré que nadie de mi familia vuelva intervenir en nuestra relación. Solo importamos tú y yo. Cuando regresemos a Atenas, no tendrás que verlas nunca más. —Se separó un poco de ella para tomar su rostro entre sus manos y verla con ternura—. Dime que no es demasiado tarde para nosotros, pequeña. Que aún me amas a pesar de todos estos años separados.

—No me pidas eso, Alexander, no es justo.

—Hemos perdido muchos años por malos entendidos, Clara. ¡Quiero la verdad, Clara! —insistió—. ¿Me amas o no?

Ella lo miró con impotencia en los ojos. Quería mentir y decirle que no, pero

no podía mentir. —¡Sabes que te amo más que nada en el mundo! —gritó, separándose de él y caminando hacia el sillón donde se dejó caer. Sintió que todo se nublaba y empezaba a oscurecerse. Instintivamente estiró su mano para tomar la de Alexander.

—¿Clara? ¡Clara! —exclamó Alexander, preocupado. Olvidando el tono autoritario que había tenido un momento antes, corrió a su lado y se agachó a su altura—. Llamaré a un médico.

—¡No! Solo han sido tantas emociones en un solo día y recuerda que aún no he comido —se disculpó—. Ya me estoy sintiendo mejor —le ofreció una sonrisa débil.

Alexander dejó escapar un suspiro de alivio. —Si hubiera sabido que confesarme tu amor te haría desmayarte, no te hubiera orillado a eso —dijo en broma, pero con los ojos serios. Se sentó a su lado y la cargó para sentarla sobre sus rodillas.

Ella le sonrió e hizo lo que había deseado desde que entró a la habitación: lo besó con todo el amor que tenía para darle. Poco a poco, el beso comenzó a subir de intensidad, y Clara comenzó a desabrochar la camisa del hombre que amaba con urgencia. Él le detuvo las manos y ella hizo un mohín.

—No me veas así, pequeña, pero primero debes comer algo. Hace un momento estuviste a punto de desmayarte —le recordó con un poco de preocupación, pero los ojos oscurecidos por el deseo.

—Te amo —dijo con expresión inocente—, pero en este momento solo tengo hambre de ti. Llevo mucho tiempo esperando esto —le dijo, bajando su mano hasta tocarle el miembro por encima del pantalón, él gruñó en respuesta.

—Pequeña, me estás matando. —Para regresarle el favor, cerró su boca sobre uno de esos preciosos pezones que tanto había extrañado que se marcaba bajo la fina tela del vestido.

Alexander la trató con delicadeza y dulzura, acariciando y besando cada parte de su cuerpo hasta que ambos terminaron agotados explotando al unísono. Solo pararon para cenar, lo que se convirtió en una experiencia única entre caricias. Él no la soltó hasta que Clara se durmió entre sus brazos.

Horas más tarde, Clara se despertó y lo observó con una sonrisa en los labios mientras dormía, le dio un suave beso en la mejilla antes de levantarse y ponerse una de las batas del hotel. Salió a la terraza, dejando que los rayos del sol atravesaran su piel. Se recargó en el barandal y cerró los ojos, disfrutando del momento, dando gracias a la vida por esta nueva oportunidad. Sabía que en el futuro vendrían cosas que tendrían que superar, pero ahora irían juntos de la mano. Sabía que de ahora en adelante ante cualquier problema, lo hablarían y encontrarían una solución juntos. Sabía que el amor era algo que debía trabajarse día a día para fortalecerlo. Había estado a punto de perder lo más importante en su vida y lo valoraba más que nunca, y no correría el riesgo de volver a perderlo.

Sintió unos brazos que la abrazaban por detrás y unos labios besar su cabello. —No me gusta despertar sin ti a mi lado, *Agapi Mou*.

—Te veías tan relajado en la cama que no quise molestarte. —Se recargó contra él, disfrutando de sus caricias.

—Podrías despertarme de otra forma —dijo con la voz enronquecida mientras le daba vuelta para verla a la cara y acariciarle la mejilla.

—Promesas, promesas —replicó juguetona mientras se separaba de él y se alejaba hacia la recámara, balanceando las caderas provocadoramente.

Alexander sonrió de lado mientras la observaba, pensando en una deliciosa forma de castigarla...

FIN

Más que amistad

Valeria suspiró agotada recargando la cabeza en el sillón mientras cerraba los ojos cansada y se masajeara la sien para relajar las pulsaciones que desde hace un par de horas no la dejaban en paz. Estar lejos de su país en días como estos era muy difícil, no había como poder recorrer las calles del Centro Histórico de la Ciudad de México y disfrutar del choque cultural y llevarte una sorpresa en cada calle, disfrutar de un café y deleitarse con la variedad de atracciones que ofrecía la zona. No es que no amara Roma y la sintiera como su hogar, pero siempre había una parte de ella que anhelaba su país.

No podía creer que ya llevaba más de seis años viviendo en Roma, y que no visitaba México. Aún recordaba que no sabía qué hacer recién graduada del Instituto di Moda Burgo, y era consciente que no contaba con el apoyo de sus padres, que durante meses se la pasaron diciéndole que esa no era carrera para ella, que una chica con sobrepeso no podía dedicarse al mundo de la moda. Su mamá, que en su juventud fue modelo, era la más insistente en que hiciera miles de dietas, que jamás dieron resultado. No podía negar que fue difícil crecer con las constantes críticas y miradas de pena, pero conforme pasaron los años aprendió a aceptarse como era, aunque sería mentira decir que en ocasiones no deseara tener el cuerpo de las modelos que solía vestir,

pero era feliz con su cuerpo. Gracias a los genes de su madre tenía un rostro agradable, ojos verdes, espesas pestañas, rasgos delicados y piel clara, pero solo eso tenía de ella. A pesar de que sus padres tenían dinero, nunca la apoyaron y tuvo que trabajar duro para poder pagar su carrera. No tenía ningún ahorro en aquella época porque todo se lo gastó en la escuela.

Fue una gran sorpresa que uno de sus maestros favoritos la recomendara con Ricci, una de las marcas italianas más prestigiosas, y que la aceptaran fue un sueño hecho realidad. Tomar las maletas e irse en el primer vuelo que encontró fue la mejor decisión de su vida. Pudo madurar, extender sus alas y dejar atrás todos los prejuicios de sus padres. Los primeros meses fueron muy difíciles pues no hablaba el idioma y tuvo que esforzarse mucho por aprenderlo en el menor tiempo posible. Además, vivía en un pequeño departamento en el que muy apenas tenía una cama y un refrigerador, pero tenía que ahorrar para pagarle el dinero que le había prestado su mejor amiga para el boleto de avión. Aun así, poco a poco había ido creciendo en la firma, hasta ser la directora creativa. Era un puesto de mucha responsabilidad, pero que disfrutaba.

Escuchó el ruido de la puerta y sin abrir los ojos, dijo:

—¿No estarías grabando un comercial esta semana en Londres? —sonrió mientras escuchaba como arrastraba sus maletas hasta su recámara y volvía enseguida.

—Hola, a ti también, hermosa —contestó con aquel acento italiano que hacía que todas las mujeres cayeran rendidas, incluyéndola. Pero sabía que era un amor imposible, así que se conformaba con su amistad—. ¿Día cansado? —le dijo mientras la obligaba a recostarse en el sillón y se sentaba en la orilla para darle un masaje en los pies.

—Hola —saludó divertida—. Lo mismo de siempre, solo que Donatello quiere que esté para la próxima semana una nueva línea completa. Ya había terminado la propuesta cuando cambió el mercado al que irá dirigida así que, tengo que comenzar de cero —se quejó.

—¿Sabes que podrías comenzar a trabajar en tu propia marca? —le sugirió, siguiendo con el masaje.

—En algunos años. Necesito ahorrar más.

—Ese no es problema, aquí tienes a tu futuro socio. Piénsalo.

—Prometo hacerlo. —Trató de alzarse, pero él no la dejó.

—Aún estás muy tensa, déjate consentir. ¿Quieres algo de tomar?

—Estás muy cariñoso, así que eso solo significa dos cosas. Uno, quieres que te ayude a deshacerte de tu última novia, o dos, invitaste a alguien a quedarse —dijo tratando de sonar divertida, tapándose la cara para evitar demostrar los celos. Salvatore era un famoso modelo que conoció cuando Ricci decidió hacerlo la imagen de la marca un año después de que ella llegó. La primera vez que lo vio se había quedado con la boca abierta. Tenía el cabello negro, los rasgos marcados y masculinos, y un cuerpo que parecía esculpido a mano. Aún se reía de la escena que montó aquel día después de poder cerrar la boca. Ella aún era ayudante así que, tenía que llevar el café, agua y lo que se ofreciera. Salvatore le pidió un café y cuando se lo iba a entregar, se tropezó con un cable que no había visto, derramando así el café en él. Quería que se la tragara la tierra. Le pidió disculpas atropelladamente, él sólo sonrió divertido y comenzó a reírse. Estaba segura que Donatello la hubiera corrido de no ser porque Salvatore intervino por ella. Desde ese día se hicieron amigos, pero ese era el problema, él solo la veía como su mejor amiga. No era su tipo, él las prefería rubias, altas y con largas piernas. Ella en cambio era castaña, estatura media y con algunos kilos demás, y aunque él siempre le hacía halagos solo la veía como una hermana.

A los cinco meses de conocerse, él le propuso que fuera su compañera de casa. Él se la vivía viajando y se sentía más cómodo sabiendo que su casa estaría bien cuidada en su ausencia, pero ella solo aceptó si la dejaba pagar la mitad de los gastos, y a pesar de que a Salvatore no le pareció no le quedó más que aceptar. Y así fue como dejó aquel pequeño departamento para vivir en una de las zonas más exclusivas de Roma.

En todos estos años había visto un sin fin de novias pasar por la vida de Salvatore. En un comienzo se le rompió el corazón, pero como todo trató de tomarlo con filosofía y agradecer su amistad, sonreír y seguir con su vida, aunque eso no significara que se le partiera un poco el corazón cada vez que lo veía con otra.

—Me haces sentir mezquino —contestó fingiendo estar dolido.

—Calla y dime que tienes en mente, pequeño truhan.

—Bueno verás, un primo que vive en Argentina vendrá unos días, y le ofrecí quedarse con nosotros. —Sonrió de lado—. Sé que quedamos en avisarnos siempre con anticipación, pero fue de última hora.

—¿Cuándo llega? —dijo, rodando los ojos.

—Mañana.

—Agradece que te quiero, si no en este momento estaría arrancando tu cabeza —Se incorporó de golpe y se le ocurrió una idea—. Pero me deberás un favor. —Sonrió maliciosamente.

Salvatore frunció el ceño. Sabía que aquella sonrisa le traería problemas, pero resignado aceptó—: De acuerdo.

—Tengo tu palabra —le advirtió.

—Sabes que sí —dudó un momento—, ¿me dirás de qué se trata?

—Te lo diré a su tiempo. Y, ¿a qué hora irás por él? —cuestionó mientras pensaba que tendría que cambiar las sábanas del cuarto de invitados y comprar comida extra.

—Ese es otro pequeño problema.

—¡No, Salvatore De Luca! ¡Ni lo pienses! —dijo mientras se ponía de pie, colocaba las manos en su cintura y lo señalaba con un dedo—. ¿Y qué se supone que hará su majestad?

—Tengo que hacer un viaje esta noche, pero prometo regresar el lunes. Solo estaré fuera dos días. Y solo tendrás que estar con Nicolas mañana sábado y el domingo. Prometo recompensarte. ¡Por favor! —le suplicó mientras la abrazaba y le daba un beso en la cabeza.

—Maldito italiano sexy —murmuró en español, para que él no le entendiera.

—Tramposa —la regañó Salvatore, mientras comenzaba a hacerle cosquillas.

—¡Basta, basta! —logró decir entre risas. Tratando de defenderse, agarró un cojín del sillón y se lo estrelló en la cabeza antes de salir corriendo y refugiarse detrás del sofá.

—Me gusta cuando hablas en español —le dijo, recuperando el aliento Salvatore—. Así que, tengo que aprender español. Suenas sexy cuando hablas en ese idioma.

Aquellas palabras hicieron que se expandiera un intenso sonrojo por las mejillas y cuello de Valeria. —No utilices conmigo tus trucos, te conozco muy bien.

—No es ningún truco, solo digo la verdad.

Ella trató de ignorar la perturbación que le causaban sus palabras y decidió cambiar de tema. —¿Y se puede saber dónde estarás el fin de semana mientras soy la niñera de tu primo?

—¿Recuerdas a Annelie, la modelo sueca con la que fui a grabar el comercial a Londres?

Valeria asintió, sabiendo lo que venía.

—Pues, digamos que hubo química e iremos este fin a su casa en París —dijo, ajeno al dolor que reflejaban los ojos de Valeria.

Se tragó el dolor y contestó con una sonrisa. —Recuerda llevar condones, campeón.

—Gracias, sabía que podía contar contigo. —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—¿A qué hora te vas?

—Me tengo que ir en menos de una hora. —La tomó de la mano, la llevó a su habitación y la ayudó a sentarse en su cama.

—Recuerda decirme en qué aerolínea y a qué hora llega tu primo.

—Espera, aquí tengo los horarios —dijo mientras sacaba de su maleta unas hojas y se las entregaba—. Llega a las nueve de la mañana.

—¿Sabe que yo iré por él?

—Sabe que iría cualquiera de los dos.

—¿Cómo es él? —preguntó con curiosidad.

Él frunció el ceño. No sabía por qué, pero no le gustó que ella estuviera interesada en él, le hacía sentir algo que no sabía identificar. —No lo conozco, nunca nos hemos visto —dijo serio mientras terminaba de vaciar su maleta y comenzaba a guardar con dudas la ropa que se llevaría—. ¿Estás segura que quieres ir por él? Si quieres puedo cancelar el viaje y voy yo.

—No te preocupes. —Aunque moría por aceptar su propuesta, contestó—: Estará bien conmigo. Lo llevaré a conocer algunos lugares, y no tendrá tiempo de extrañarte —le guiñó el ojo juguetonamente.

—Dale el cuarto del fondo —dijo serio.

—¿Estás seguro? Ese es el más pequeño de todos.

—Pero también el más lejano de tu cuarto.

Valeria soltó una carcajada. —¿Estás cuidando mi virtud? Demasiado tarde, amigo. Pero no te preocupes, no me echaré encima de tu primo.

—No eres graciosa.

—Ya no seas aguafiestas y tráeme algo de París. —Se paró y le dio un abrazo—. Me iré a dormir, estoy muy cansada. Cierra bien cuando te vayas.

—Espera —le dijo, agarrando su mano. Por un momento, se quedaron viendo a los ojos y Salvatore sacudió la cabeza, como si tratara de borrar algún pensamiento—. Gracias por este favor.

—No es nada, tú lo harías por mí. Ten buen viaje.

Valeria salió del cuarto y cerró la puerta tras de sí, se recargó en la pared y trató de poner sus ideas en orden. ¿Qué había pasado? ¿Por qué de repente

sintió cómo si Salvatore la hubiera querido besar? *Son ideas tuyas, chica, no te hagas ilusiones*, se regañó.

Fue al cuarto del fondo y lo arregló para que estuviera listo para mañana. Cuando iba hacia su cuarto, se encontró con Salvatore con la maleta en mano, y se despidieron nuevamente. Y así, una vez más, él se iba con otra mujer mientras ella se quedaba en casa deseando ser esa mujer. Sabía que no podía seguir así, quizá sería bueno comenzar a salir más.

Con esa idea se fue a la cama y se prometió que mañana comenzaba una nueva etapa en su vida.



Llegó temprano al aeropuerto. Ese día se había esmerado en su atuendo, quería sentirse atractiva, y sentía que lo había logrado porque varios hombres la habían mirado con admiración. Se recordó que no importa el cuerpo que tengas, lo importante es sentirte bien contigo misma, porque eso es lo que se refleja. Así que, con orgullo y una sonrisa, se dirigió hacia la puerta de llegadas internacionales con un pequeño letrero que decía: "Bienvenido Nicolas".

Las personas comenzaron a salir y ella alzó el letrero para que él pudiera verlo. Pasaron varios minutos y nadie se acercaba. Estuvo a punto de mandarle un mensaje a Salvatore para asegurar que estuviera bien el horario, cuando un chico de cabello rubio largo, ojos verdes, visibles tatuajes en los brazos, definitivamente un hombre atractivo, se acercaba a ella con una sonrisa coqueta en los labios.

—Supongo que tú eres Valeria —le dijo en español, haciéndola sonreír. Hace mucho que no tenía oportunidad de hablar con alguien en su idioma.

—Y tú debes ser el famoso Nicolas. Un placer. —Se saludaron de beso en la mejilla y caminaron hacia el estacionamiento del aeropuerto.

—Este fin de semana estoy a tu disposición para lo que se te ofrezca. Si quieres conocer algún lugar en particular o hacer algo, solo tienes que

decirme —le dijo con una sonrisa amable.

—¿Lo que yo quiera? —dijo, coqueteando.

Valeria rio divertida, sonrojándose. —¿Quieres ir a desayunar primero o prefieres ir a descansar antes de salir a conocer la ciudad?

—Soy todo tuyo. Así que, ¿por qué no vamos a desayunar primero y luego, hacemos un tour por la ciudad? Ya en la noche me instalaré. Hay que aprovechar el tiempo —le dijo con una sonrisa ladina en el rostro mientras acomodaban las maletas en el carro—. ¿Y Salvatore no vendrá con nosotros? —preguntó con curiosidad.

—Tuvo que cubrir un evento este fin de semana en París, pero estará toda la semana aquí.

—Por mí se puede quedar allá. No hace falta aquí —dijo, juguetón.

Valeria se sonrojó una vez más mientras negaba con la cabeza, divertida.

Una vez que salieron del aeropuerto, la plática fue divertida y ligera. Hace mucho que no se sentía a gusto con un hombre para platicar tan abiertamente, excepto por Salvatore.

—¿Y a qué te dedicas? —le preguntó Valeria.

—Soy bajista en una banda de rock y además, tengo mi propio negocio —dijo con orgullo.

—¿Se puede saber de qué?

—Tengo un estudio de tatuajes.

—Wow, eso es increíble. Siempre he querido un tatuaje, pero no sé, me da cosa que no quede como lo deseo y luego arrepentirme.

—Entonces, estás en las manos correctas y estás de suerte señorita porque traigo un poco de material conmigo.

—Pero... —dudó un segundo.

—Tranquila, lo platicaremos y si crees que debes arriesgarte, lo hacemos.

—¿El tatuaje? —dijo, alzando una ceja, queriendo golpearse con el volante al darse cuenta que había pensado en voz alta. La mala costumbre de pensar en voz alta solía meterla siempre en apuros—. Dime, por favor, que no dije eso en voz alta —agregó con voz lastimera.

Él soltó una carcajada. —Lo que tú quieras.

Ella volteó a verlo y cuando se encontraron sus miradas, los dos se sonrieron con complicidad.

Se hizo un silencio cómodo mientras llegaban a *Ombre Rosse*, uno de los lugares favoritos de Valeria, ya que la comida y ambiente eran perfectos para cualquier ocasión.

—Espero que te guste el lugar, si quieres algo más elegante... —dijo en cuanto se estacionaron, dejando la frase al aire.

—Es perfecto. Me gusta este tipo de lugares.

Nicolas bajó rápidamente del carro, le abrió la puerta y le ofreció su mano. —Después de usted, Principessa —dijo, imitando el acento italiano de los turistas.

El lugar estaba casi vacío, así que consiguieron la mesa favorita de Valeria, que era sobre la acera. Le gustaba ver a la gente pasar e imaginarse la historia que había detrás de cada rostro.

El mesero les entregó el menú, y Valeria sin ver el suyo sabía lo que pediría.

—Ya que tú eres la experta, ¿qué me recomiendas? —dijo Nicolas con el ceño fruncido mientras leía el menú.

—¿Qué te parece si pedimos *bruschetta* de la casa y un *panini* de carne para compartir?

—Confiaré en ti.

Valeria hizo la orden y agregó un par de limonadas que eran una especialidad

de la casa.

—¿Y cómo es que conociste a mi primo?

—En el trabajo. Él es la imagen en Ricci y yo soy la encargada de vestirlo.

—Me alegro de que hayas venido tú por mí. No niego que tengo ganas de conocer a mi primo, pero es una agradable sorpresa conocerte.

—Gracias, ¿y cómo es que no se conocían?

—Mi madre es la hermana del papá de Salvatore. Y cuando sus padres se divorciaron, su mamá hizo todo para que no pudiéramos tener contacto con él. No puedo culparla, después de cómo mi tío la trató cualquiera hubiera reaccionado igual. Y además, mi papá tuvo que mudarse a Argentina por trabajo y nos fuimos a vivir allá hace más de quince años, por lo que era más difícil tener contacto. Pero hace unos meses lo encontré en Facebook y me decidí a escribirle. Nos hemos estado mensajeado desde ese día, y cuando se dio la oportunidad de venir, la aproveché.

—Me alegra que no dejen que les afecte problemas del pasado.

—Aunque el pasado siempre nos sigue, es nuestra decisión dejar que nos afecte o sobreponernos y seguir adelante.

Ella lo miró con admiración. Podría tener la pinta de una persona que solo iba por el mundo sin mayor preocupación, pero sus ojos reflejaban sabiduría y madurez.

La comida llegó en ese momento. Charlaron tranquilamente mientras disfrutaban de los deliciosos platillos que tenían un aroma increíble. Nicolas se recargó en la silla cuando dio el último bocado al *panini*.

—Debo admitir que hice bien en aceptar que escogieras. Todo estuvo delicioso.

El mesero les llevó la cuenta y Nicolas en seguida sacó la cartera para pagar.

—No, yo invité —dijo con una sonrisa, Valeria.

—Sobre mi cadáver. —Puso unos billetes sobre la mesa y la tomó de la mano, llevándola hacia el lado contrario de donde estaba su carro.

—Espera, mi carro está del otro lado —le recordó con una sonrisa.

—Confía en mí, a partir de ahora somos dos turistas en la ciudad. Más tarde regresaremos por tu carro.

—Pero...

—Nada de peros, vamos a olvidarnos de todo.

—De acuerdo. —Tenía que admitir que hace mucho no hacía algo que no tuviera planeado.

Caminaron hacia la avenida, esperando un taxi hasta que por fin lograron parar uno. —Al Coliseo, por favor —Nicolas indicó en español, jugando. Valeria tradujo en italiano las indicaciones, divertida. Los dos sabían que Nicolas hablaba a la perfección el idioma; aunque viviera en Argentina, había nacido en Roma.

—¿Ahora tú eres el guía turístico?

—Los dos somos simples turistas —le guiñó el ojo.

Cuando llegaron a su destino, nuevamente no la dejó pagar. Ella solo rodó los ojos y le dijo que ella pagaría los *gelatos* en la Fuente de Trevi y que no aceptaría un no por respuesta.

Contrataron a un guía turístico que les fuera explicando todo, y así no tendrían que formarse en la extensa fila que había.

—¿Es su primera vez en Italia? —preguntó amable el guía mientras los llevaba a la entrada.

—Sí —contestó Nicolas.

—¿Vienen de luna de miel?

Valeria abrió la boca para negar, pero Nicolas le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso en la mejilla. —Así es. Ella siempre quiso que

viniéramos aquí de luna de miel así que, trabajé y ahorré, lo que sea para hacerla feliz.

El recorrido fue interesante y divertido con Nicolas. Se hicieron muchas fotos, y tuvieron que tomar mucha agua porque el sol estaba en su apogeo y les daba directamente. Después del Coliseo fueron al Foro Romano y comieron pizza en el primer local que encontraron.

Ya eran las siete cuando llegaron a la Fuente de Trevi.

—Toma —dijo Valeria mientras sacaba unas monedas de su bolsa y se las daba a Nicolas, antes de tomarlo de la mano y arrastrarlo entre la multitud de turistas que buscaban el mejor ángulo para sus fotografías. Lo llevó hasta el borde y se pusieron de espaldas—. Ahora solo tienes que tirar la moneda y pronto regresarás a Roma.

—Estoy seguro que volveré pronto... —dijo, viéndola a los ojos.

—Anda, tira tu moneda. —Valeria cerró los ojos y tiró la suya. Aunque ella vivía ahí, hoy eran turistas y tenía que tener la experiencia completa.

Se tomaron un par de fotos en la fuente, que era hermosa y de noche era algo digno de ver.

—¡Demonios! Se acabó mi pila —resopló, Valeria.

—Tengo una pila extra, siempre la llevo conmigo para estos casos. Toma. — Ella le agradeció y conectó su celular a la pila, sin prender el celular para que cargara más rápido, y lo guardó en la bolsa. No más celular por hoy.

—¿Listo para nuestra siguiente aventura?

—Siempre estoy listo y cada rincón de Roma esconde un tesoro —dijo con admiración, Nicolas.

—Lo sé, es algo que hizo que me enamorara de aquí.

—¿Y no piensas regresar a México algún día?

—La idea me está rondando últimamente, pero aún no es algo seguro, tengo

que pensarlo bien —dijo con la mirada triste.

—Pero no pongas esa cara, sonríe. Eres muy hermosa para que tu mirada esté llena de tal tristeza.

—Perdona, no quería arruinar el día.

—No digas eso, todos tenemos momentos en los cuales inunda la tristeza nuestra alma. ¿Qué te parece si vamos a uno de esos bares? —señaló una calle donde estaba repleto de pequeños bares—. Y antes de que digas nada, yo invitaré.

—¿Es de familia, verdad? Eres igual que Salvatore.

—Es un encanto de la familia.

Caminaron y decidieron entrar a un bar donde había música en vivo. Aunque no hablaron mucho porque se la pasaron cantando y bailando, logró olvidar a Salvatore y pasar una gran noche.

Eran más de las dos cuando llegaron a su casa, ya que habían tenido que pasar primero por su carro. Había sido un día muy relajante.

Cuando entró en la casa, lo primero que vio fue el encendido el botón de mensaje de voz.

—Te enseñó cual será tu habitación, para que descanses por fin.

—¿Ya me estás corriendo?

—No, pero debes descansar porque mañana planeo llevarte a Pompeya y Napoles. Estoy segura que te gustarán. —Lo llevó al cuarto y le dijo dónde estaban todas las cosas que podría necesitar—. Cualquier cosa que necesites, estaré un rato en la sala.

—Gracias por todo. Espero que mañana sea igual de maravilloso que hoy —dijo con sinceridad. Le dio un largo beso en la mejilla antes de que ella saliera y cerrara la puerta.

Valeria fue primero a su habitación para ponerse una cómoda pijama y

regresó a la sala para escuchar los mensajes de voz.

"Vale, ¿dónde estás? ¿Por qué no contestas tu teléfono? Márcame cuando escuches el mensaje"

Fue corriendo a su cuarto para agarrar su celular y prenderlo, y regresó a la sala para seguir con los mensajes.

"Valeria, ¿se puede saber dónde te metiste?"

Rodó los ojos divertida y pulsó el siguiente mensaje.

"Valeria ya es la una y aún no estás en casa. Márcame en cuanto llegues, por favor".

Miró su reloj y vio que eran cinco para las tres. ¿Sería adecuado llamarlo a esa hora? Seguro estaría con esa modelo sueca. Con una sonrisa malvada decidió hacer una videollamada para arruinar su momento. Sabía que era infantil, pero no podía evitar actuar así.

Se arregló un poco el cabello y marcó. Le sorprendió que contestara al primer timbre.

—Hola —saludó con una gran sonrisa al verlo en la pantalla, pero frunció el ceño al ver que estaba completamente vestido, en lo que parecía una sala—. Espero no interrumpir.

—¿Dónde diablos te metiste? Te estuve llamando como loco a tu celular y a la casa —dijo perdiendo el control. Llevaba toda la tarde pensando que algo podría haberle pasado.

—Tranquilo. Es que fui de paseo con Nicolas y se me acabó la pila, eso es todo.

Salvatore la miró a través de la pantalla y no le gustó ver la sonrisa que iluminó su rostro al mencionar el nombre de su primo.

—¿Y no pudiste avisarme que llegó?

—Perdón. Es que fuimos a desayunar y de ahí no paramos. —Caminó hacia

el sofá y se sentó agotada, no pudo evitar que un bostezo escapara de sus labios.

—¿Y acabas de llegar? —continuó con el interrogatorio.

—Sí. Fuimos a un bar y llegamos hace un rato. Solo le enseñé su habitación, me cambié y vine a escuchar tus mensajes, ¿satisfecho?

—No.

—¿Querías algo más o puedo ya irme a dormir?

—¿A tu cuarto? —no pudo evitar preguntar, y apretó en un puño su mano libre.

—Ese no es asunto tuyo, Salvatore. Yo no te ando preguntando dónde está la rubia en turno —dijo, comenzando a molestarse.

Escuchó un ruido y trató de relajarse, tenía que recordar que había visitas en la casa.

—Claro que es asunto mío.

Valeria tuvo que callar la respuesta mordaz que quería escapar de sus labios, porque Nicolas apareció en ese momento en la sala con solo un pantalón de pijama dejando a la vista su marcado y perfecto abdomen. Se quedó viendo más del tiempo educado, y aunque estaba acostumbrada a ver a hombres y mujeres con menos ropa todo el tiempo en su trabajo, no podía negar que Nicolas tenía un aire especial con aquellos tatuajes que lo hacían parecer salvaje, malo. La voz molesta de Salvatore la regresó a la realidad.

—¡Valeria! ¿Qué demonios estás viendo? ¡Valeria! —dijo, incrédulo. Ella siempre le prestaba atención.

—Perdón, me distraje un momento. —Le dio una sonrisa a Nicolas y le indicó con la mano que se acercara—. Te tengo una sorpresa, Salvatore.

—¿De qué se trata?

Nicolas se sentó a su lado y acercó su mejilla a la de Valeria para que los dos

salieran en pantalla. Pero Salvatore al ver esa imagen fue como si le dieran un golpe en la boca del estómago, y por alguna extraña razón, quería estar ahí y separarlos.

—Nicolas —saludó con un gruñido—. Tuve un asunto que arreglar este fin de semana, pero el lunes a primera hora estaré ahí.

—No te preocupes, me la estoy pasando muy bien. Además, la sorpresa de encontrarme a Valeria aquí fue lo mejor que pudo haber pasado. —Cuando terminó de decir eso, giró su rostro y la besó en la comisura de los labios. Valeria abrió los ojos, asombrada, y alcanzó a ver cómo el rostro de Salvatore se ponía rojo y comenzaba a maldecir en italiano, no entendía qué le pasaba. Por unos segundos pasó por su cabeza la idea de que quizá estaba celoso, pero la descartó enseguida. Simplemente la veía como una hermana pequeña y la estaba tratando de cuidar.

—No te atrevas a tocarla, Nicolas. Me escuchaste bien, si le tocas un pelo, te las verás conmigo.

—Tranquilo hombre, no pienso dañar a Valeria. Y lo que pase entre nosotros es asunto solo de los dos.

—Hey, tranquilos los dos. Ya es tarde, es mejor que nos vayamos a dormir, todos. Adiós, Salvatore. Descansa. —No le dio tiempo de responder y colgó. Enseguida comenzó a sonar su celular. Le dio una mirada de disculpa a Nicolas—. Perdón, es la primera vez que se pone así, no entiendo lo que le pasó.

—¿Estás segura? A mí me pareció que se trataba de un hombre celoso protegiendo su territorio.

—Salvatore está con su novia en turno. —Hizo una mueca—. Fin de la historia.

—Creo que ahora entiendo un poco mejor las cosas. Es un idiota si no se da cuenta lo que tiene enfrente. Pero hay hombres que no somos tan idiotas y sabemos valorar a una mujer.

Ella no supo que contestar. Abrió y cerró un par de veces la boca, solo el

timbre del celular sonando una vez tras otra. —Yo...

—No tienes nada que decir, sé muy bien a lo que te refieres. Descansa y nos vemos mañana. —Le dio un beso en la frente antes de desaparecer por el oscuro pasillo.

Insegura vio su celular, y prefirió contestar la llamada en la intimidad de su habitación. Entró dando grandes zancadas y cerrando la puerta un poco más fuerte de lo necesario, comenzó a dar vueltas por el cuarto tratando de tranquilizarse antes de contestar.

Respiró hasta tres y contestó por fin—: ¿Por qué no me contestabas? ¿Dónde está él?

—Ya no soy una niña y si quiero acostarme con tu primo, lo haré —soltó enojada, al otro lado solo escuchó la respiración acelerada de Salvatore.

—Ni se te ocurra. Juro que lo mataré. —Escuchar aquellas palabras le causaron un agudo dolor.

—¿Qué demonios te pasa? Actúas como mi padre.

—Solo estoy cuidándote —gruñó. La sola idea de que otro hombre la tocará hacia que quisiera golpear todo en su camino. Nunca se había sentido tan violento, ni entendía qué le estaba pasando, solo tenía claro que tenía que llegar lo antes posible a Roma, antes que fuera demasiado tarde.

¿Tarde para qué? Se preguntó.

—¿Sigues ahí? —preguntó Valeria.

—Sí. Me tengo que ir. Cierra con seguro tu puerta.

Respiró profundo antes de contestar. —Descansa tú también, nos vemos el lunes. Mañana no estaré en casa, iremos a Pompeya y Napoles.

—No irás a ningún lado sola con él —dijo bruscamente, apretando la mandíbula. Se imaginó el delicioso cuerpo de Valeria en bikini. No le daría oportunidad a Nicolas para que la tuviera para él solo. ¡Espera! ¿Delicioso cuerpo de Valeria? ¿De dónde había salido aquel pensamiento?

Estaba desconcertado. Valeria era como una hermana pequeña para él. Entonces, ¿por qué la sola idea de que Nicolas la tocará lo hacía querer molerlo a golpes? En ese momento, fue como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y tuvo que cerrar los ojos y apretar la mandíbula. Él quería a Valeria, pero no como una hermana, si no como mujer. Todos estos años había aprendido a amar cada uno de sus detalles como la sonrisa sincera que le daba cada mañana, el estrecharla entre sus brazos cada vez que estaba feliz o triste, los pequeños y tiernos sonidos que hacía cuando estaba molesta. Amaba el desorden que tenía siempre con sus bocetos, verla dormir lo llenaba de paz, como brillaban sus ojos cuando era feliz... Era un estúpido. ¿Cómo no se había dado cuenta de todo ello? Y ahora que sentía que otro estaba metiéndose con su chica, estaba reaccionando.

¿Qué haría? ¿Con qué cara le pedía que lo esperara si ella sabía que estaba en París con Annelie? ¿Le creería Valeria si le confesara que no pasó nada entre ellos? Esperaba que sí, porque era la verdad. Desde que había salido de la casa sentía que algo estaba mal, y no había parado de pensar en ella. Era un idiota, pero lucharía por ella. Estaban hechos el uno para el otro, ahora solo tenía que convencerla.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no escuchó la respuesta de Valeria.

—¿Salvatore, sigues ahí? ¿Está todo bien? —preguntó con preocupación. Lo notaba extraño, ausente.

—Perdón, Hermosa —dijo con voz profunda y los ojos cerrados—, es solo que te extraño —se aventuró a confesar. Escuchó un jadeo al otro lado de la línea, haciendo que su corazón se acelera.

—Y yo a ti. Siempre lo hago —susurró mientras se dejaba caer en la cama.

—Pronto cambiarán algunas cosas.

—¿Qué cosas? —Valeria se levantó como un resorte, paseando nuevamente nerviosa por su habitación—. Estás actuando de una forma extraña, ¿estás en problemas?

—No lo definiría como problemas, pero ya hablaremos cuando llegue. ¿Te puedo pedir un favor? —Bajó la voz como si le estuviera contando un secreto, y fue a prender su computadora portátil, buscaría boletos para el próximo vuelo a Roma. Tenía que estar ahí antes de que amaneciera.

—No tienes ni que preguntar, sabes que sí —respondió con cierta vacilación.

—No tomes ninguna decisión con Nicolas, hasta que hablemos, por favor...

—¿De qué me hablas? —No entendía la insistencia de Salvatore con su primo.

—Solo prométeme que antes hablarás conmigo.

—Lo prometo. ¿Feliz?

—Ahora podré dormir tranquilo —hizo una pausa deliberada— contigo —añadió provocativo—. Descansa, pequeña.

Colgó antes de darle tiempo a que le contestará y siguió buscando vuelos hasta que encontró uno que salía en dos horas. El tiempo justo para hacer su maleta, hablar con Annelie y llegar corriendo al aeropuerto.

Valeria no podía creer que hubiera escuchado bien. No entendía qué estaba pasando, no pudo ni despedirse de él. Algo se traía entre manos Salvatore, lo conocía muy bien. Con una sonrisa en los labios, preparó las cosas para la aventura del siguiente día y se fue a dormir.



Con un short de mezclilla y playera azul sin mangas entró Valeria a la cocina para hacer un desayuno ligero antes de que se fueran a Napoles. Nicolas se estaba dando una ducha, podía escuchar el agua correr.

Puso música en su celular, comenzó a cortar un poco de fruta y sacó todos los ingredientes para preparar sándwiches.

Soltó un grito cuando sintió unos brazos rodearla por la espalda.

—Tranquila, soy yo —dijo divertido, Nicolas mientras le daba un beso en la mejilla. Valeria enrojeció al notar que solo llevaba una toalla atada a la cintura.

Un ruido en la puerta hizo que voltearan.

—Siento interrumpir este abrazo, pero tengo que hablar contigo, Valeria —dijo fríamente, Salvatore, con el rostro pálido.

—¡Salvatore! No me habías dicho que llegabas hoy —reaccionó alegre mientras se separaba de Nicolas, y corría para abrazarlo.

Salvatore cerró sus brazos alrededor de ella y aspiró el aroma de su cabello, besó su cabeza y alzó la mirada, dedicándole una mirada llena de advertencias silenciosas a Nicolas.

—Quería darte una sorpresa —se separó ligeramente de ella para tomar su rostro entre sus manos. Moría por agachar su cabeza y tomar los labios de Valeria entre los suyos, pero tuvo que conformarse con acariciar su mejilla con el pulgar.

—Parece que no se han visto hace siglos —bromeó Nicolás, acercándose y tomando la mano de Valeria para alejarla de Salvatore, pero este fue más rápido y se interpuso entre ellos—. ¿Y para mí no hay un saludo? —bromeó Nicolas. Salvatore a regañadientes la soltó y abrazó a su primo con reticencia.

—Voy a terminar de hacer el desayuno. Mientras, ustedes pónganse al corriente.

—Primero, me iré a cambiar —dijo Nicolás con una sonrisa ladina. Salvatore rodó los ojos y le aventó la chamarra que llevaba en la mano, por el pasillo solo resonó la risa de su primo.

Salvatore le besó la frente a Valeria antes que regresara a donde la había encontrado al entrar. —¿Quieres que te ayude con algo?

—No, descansa. Debiste viajar en la madrugada —lo regañó.

La miró inocentemente —Lo siento, pero no podía estar lejos de ti por más

tiempo. —Antes de que dijera nada, le dio un rápido beso en los labios y se fue a la sala donde ya lo esperaba su primo.

Valeria se quedó congelada en su lugar cuando sintió el roce sus labios. No era la primera vez que le daba un beso así, pero sí la primera que le decía algo como eso. La esperanza comenzó a crecer en su interior.

Escuchó las voces masculinas en la sala y sonrió, le alegraba que Salvatore tuviera contacto con su familia.

—Aunque no lo creas, me alegra verte, primo —dijo con sinceridad Nicolas.

—A mí también me da gusto verte, y aquí siempre tendrás tu casa —y con cautela, añadió—: Solo mantente alejado de ella.

Nicolas alzó una ceja. —Pero ella es soltera.

—No por mucho tiempo —dijo, tajante.

—Ella no mencionó nada. Si no mal recuerdo, me comentó que estarías con una amiga este fin de semana.

—No es de tu incumbencia —le cortó el rollo.

—Entonces, tampoco es tu incumbencia lo que hagamos Valeria y yo.

Salvarote juró en voz baja y le dirigió una mirada helada.

—No estoy jugando. Para ti solo es un maldito juego, pero no para mí.

—¿Y quién te dijo que no me interesa de verdad? —lo retó—. Quiero llevarla a algunas citas —lo provocó.

—¿Citas? —Salvatore perdió la calma y alzó la voz—. No te lo permitiré.

—Ya está el desayuno. Venga —gritó Valeria, asomando la cabeza en la sala. Se sobresaltó cuando vio que los ojos de Salvatore estaban encendidos con furia. Nunca lo había visto así.

—Desayuna tú, Nicolas. Valeria y yo tenemos que hablar. —Se levantó y caminó hacia Valeria, que se había quedado sin palabras.

—Quizá Valeria no quiere hablar contigo —dijo Nicolas. Valeria iba a intervenir, pero Salvatore se le adelantó. Ella no podía creer que Nicolas le dijera aquello.

—Ya te dije que eso es solo asunto de nosotros —dijo arrastrando las palabras mientras tomaba la mano de Valeria—. No he dormido nada y tomé el primer vuelo que encontré para hablar con ella, y nada ni nadie se interpondrá en mi camino —sentenció.

—¿De qué quieres hablar conmigo? —intervino ella, temblorosamente. Quizá pensaba que ya era hora que abandonara su casa, y solo de pensarlo quiso desmayarse.

—En un momento te lo diré, pequeña. Además quería verte —le contestó, viéndola a los ojos tiernamente.

Valeria se sonrojó y volteó a ver a Nicolas. Le rogó con la mirada que no interviniera más. Pero parecía que aquello estaba divirtiéndole y lo molestó un poco más. Ella trató de detener aquello y jaló a Salvatore hacia su recámara.

—Quizá Valeria pueda hablar contigo cuando regresemos de nuestro paseo por la playa.

Salvatore se detuvo y volvió la cabeza, para hablar con un tono burlón. —A dos cuadras hay una agencia de turismo, seguro pueden organizarte un viaje. Si nos permites, tenemos que hablar.

Se dio la vuelta y llevó con él a Valeria a su recámara.

—Perdón por todo este espectáculo. Sabes que no me gustan este tipo de actitudes, pero no pude evitarlo —murmuró él quedamente, devorándola con los ojos de arriba abajo—. Hoy te ves especialmente hermosa.

—Basta, Salvatore —dijo ella, ahogando un gemido—. ¿Qué pasa? No has parado de coquetear conmigo —preguntó, orgullosa que su voz hubiese salido tranquila, sin demostrar el mar de nervios que era, ya que tenía el pulso acelerado.

—Hace tiempo conocí a una chica que me robó el corazón —dijo él con voz

profunda.

Valeria se puso pálida. El corazón le latía con fuerza contra el pecho. Siempre temió que este día llegaría, pero nunca pensó que sería tan pronto. Sus ojos se llenaron de lágrimas con las que luchó ferozmente para que no se escaparan de sus ojos.

Abrió y cerró la boca un par de veces sin saber qué decir.

—Espera —Salvatore puso un dedo sobre sus labios—. Déjame terminar antes de que pierda el valor, por favor —dijo un poco inseguro—. Como el idiota que soy, no me di cuenta lo que ella significaba para mí hasta que un suceso me hizo abrir los ojos. No sé ni cómo ni cuándo pasó, supongo que cada día me fui enamorando de ella. Ella tiene la sonrisa más hermosa que he visto en mi vida, con ella mejora mi día, puedo pasar horas platicando de todo y nada, sin aburrirme, me comprende como nadie, iría al fin del mundo por ella y quizá en el fondo siempre supe que la amaba pero fui un cobarde que prefirió seguir con su amistad a arriesgarme a perderla —tomó una bocanada de aire—, pero la vida es muy corta para no tomar riesgos. Quizá ella no me ama, pero al menos podré decir que lo intenté y que lucharé día a día para ganarme su corazón, porque mi vida sin ella no tendría sentido.

Las lágrimas nublaron la visión de Valeria, con cada palabra que salía de los labios de Salvatore se iba rompiendo su corazón más y más. Sentía que su mundo se acababa, quería tirarse al piso y dejarse llevar por el dolor, pero tenía que ser fuerte. Salvatore merecía ser feliz, la chica de la que hablaba era muy afortunada por tener su amor. Lo que daría ella por ser la persona que él amaba.

—¿La conozco? —luchó para que su voz no la delatará.

Salvatore la tomó por la cintura y dejó caer su frente contra la de Valeria. — ¡Claro que sí! Te daré unas pistas —dijo juguetón, pero nervioso—. Ella es pequeña, con unos preciosos ojos verdes que me tienen cautivados —acarició su mejilla—, tiene el cabello castaño y es mexicana... ¿esto te dice algo?

Valeria dejó que las lágrimas rodaran por fin por sus mejillas al mismo tiempo que soltaba una carcajada. La carcajada más feliz de toda su vida. Sintió como la sangre se a galopaba en su cabeza por la emoción, y luchó por

hablar, pero cada vez que intentaba hacerlo solo salían más lágrimas entre risas. Pasó sus brazos por el cuello de Salvatore. —Eres un tonto —fue lo primero que salió de sus labios—. Me has hecho sufrir por todo este tiempo. —Se recargó contra su pecho y disfrutó escuchar su corazón acelerado.

—Perdóname, prometo que a partir de hoy las cosas cambiarán.

—Pero... somos tan diferentes. Tú eres guapo y cualquier chica mataría por estar contigo, en cambio yo... —Salvatore se separó de ella y la miró serio a los ojos.

—Nunca te hagas de menos, ¿me escuchaste? —Esperó hasta que ella asintió—. ¿No te das cuenta, verdad? Eres hermosa por dentro y por fuera. La estatura, el peso, el color de cabello o el de tus ojos no definen quién eres, eso solo lo hace tu corazón y tus acciones, lo demás son solo banalidades. El día de mañana podríamos tener un accidente y nuestro rostro cambiaría y aun así, te seguiría amando porque te amo por lo que eres y por quién soy cuando estoy contigo. Quien te diga lo contrario, es que es un idiota. Sé que tus papás te hicieron daño al decirte todas esas cosas, pero no cambiaría ni una sola cosa de ti. Eres perfecta, tal y como eres.

—¿Me amas? —preguntó ella con voz temblorosa.

—¡Te amo! —gritó Salvatore, ya sin miedos. Nunca más callaría lo que sentía por ella—. Creo que te amé desde el primer momento que te vi, y te amaré para siempre.

—Yo también te amo, demasiado —susurró.

Salvatore no esperó más y por fin la besó suavemente, casi gimió saboreando su sabor. El beso fue subiendo de intensidad hasta que tuvieron que separarse en búsqueda de oxígeno.

—¿Así que por eso estuviste tan mal humorado por teléfono? —preguntó ella con suspicacia.

—¿No se te ha ocurrido pensar que he pasado las peores horas de mi vida desde que salí de esta casa imaginando que te gustaba mi primo?

—Lo tenías bien merecido.

—Tienes razón, me lo merecía —se lamentó, besándola—. Pero tú también mereces un castigo por hacerme sufrir.

—Puedes hacer conmigo todo lo que quieras —fue todo lo que dijo.

Comenzaron a besarse de nuevo, quitándose la ropa entre risas y besos. Nicolas les gritó algo, pero ellos no escucharon. No importaba lo que pasara alrededor, solo amarse...

FIN

Más allá de todo

Ange estaba feliz. Mañana llegaban sus padres a Florencia para festejar con ella y Luca año nuevo. Era la primera vez que vendrían y quería que todo estuviera perfecto. Sentada sobre un taburete junto a su cama, comenzó a repasar la lista de cosas pendientes que tenía que hacer hoy: ir al mercado por guisantes, pasar con el florista, ir al centro comercial para recoger el regalo de Luca, ir con su cuñada, Carolina... Estaba tan concentrada que no escuchó los pasos de su esposo, solo notó su presencia hasta que la rodeó por la cintura y besó su mejilla.

—Hueles delicioso —ronroneó Luca y comenzó a recorrer con sus manos el cuerpo de su esposa. Sabía que estaba estresada con la visita de sus suegros,

pero necesitaba darse un respiro. No quería decirle nada pero la veía un poco pálida y se estaba preocupando seriamente por su salud. Se sentía culpable porque estas últimas semanas estaba ausente y dedicándole mucho tiempo al negocio familiar, pero se había prometido que en cuanto terminara la última absorción de la empresa, delegaría responsabilidades y tomaría unas largas vacaciones con su mujer.

—Mmm —Se recargó contra él y cerró los ojos—, no es un buen momento, *caro*.

—Tu cuerpo piensa otra cosa, *vita mia*.

—Luca —trató de quejarse, pero sonó más como gemido.

Él sonrió satisfecho sabiendo que había ganado la batalla. La llevó a la cama donde se entregaron sin barreras, como siempre lo hacían.

—Te amo —dijo Ange, besando suavemente el pecho desnudo de su esposo.

—No más que yo a ti. —En un movimiento rápido, se colocó encima de ella y besando cada parte de su cuerpo comenzó a enumerar—: Amo tus labios, tu cuello, tus senos, tu ombligo. —Le hizo cosquillas, haciendo que ella estallara en risas.

—¡Para! Tengo que llegar en veinte minutos con tu hermana —dijo entre risas.

—Amo tu risa, amo tu mirada, amo tu forma de ser —siguió como si no la hubiera escuchado.

Ella le sonrió enamorada con los ojos llenos de lágrimas de felicidad. —No hay día que no agradezca haber tomado todos mis ahorros y hacer aquel viaje que me llevó a Venecia donde te conocería.

—Fue el segundo mejor día de mi vida.

—¿Cuál es el primero? —cuestionó ella, pasando sus brazos por el cuello de su esposo.

—El día que nos casamos.

—Creo que el mío también.

—¿No te arrepientes de haber dejado tu familia, amigos y todo lo que conocías en México?

—No, porque dónde estés tú es mi hogar y sin ti no podría ser feliz.

Se besaron con lentitud, disfrutando de su amor. Después de una hora salieron renuentes de la cama.

Cuando Ange se estaba poniendo el brasier, sintió de nuevo aquella bolita extraña en su seno, pero no le dio importancia. Recordaba hace unas semanas se había golpeado por accidente con el clóset, y trató de convencerse que se trataba de eso. Se vistió a toda prisa, sabiendo que llegaría tarde con su cuñada.

—Yo te llevo. Hoy seré tu chófer —se ofreció Luca.

—¿No irás al trabajo? —preguntó, sorprendida. Ya habían hablado y sabía que hasta finales de febrero estaría muy ocupado, y lo entendía. No podía negar que lo extrañaba con locura, pero lo apoyaba.

—No, no iré hasta la próxima semana. Me tomé la semana que tus padres estarán aquí libre, para poder salir todos.

—Gracias. ¿Sabes que estoy tentada a encerrarte en el cuarto y no dejarte salir nunca? Eres demasiado perfecto para ser real.

—Acepto la oferta, solo si te incluye a ti.

—Trato hecho.

Terminaron pasada la medianoche todos los pendientes que ella tenía. Luca había tenido que usar su influencia en Florencia para conseguir que el florista cerrara una hora más tarde su negocio para que pudiera llegar, y tenía que encontrar un momento para escaparse para ir a recoger el regalo de Luca.

En cuanto llegaron a casa, se dieron una ducha juntos y él al verla tan cansada, la llevó directo a la cama, donde se limitó a abrazarla, y a los pocos

minutos ambos se quedaron dormidos.



Nerviosa, miró una vez más la pantalla donde indicaba que el vuelo en el que venían sus padres ya había arribado. Entonces, ¿por qué demoraban tanto?

—Harás un túnel en el piso si sigues caminando de un lado al otro —le dijo divertido Luca.

Ella le dio una fea mirada e hizo un sonido de disgusto, pero no dijo ninguna palabra. Luca no pudo aguantar y soltó una risa ronca, haciendo que ella se pusiera roja del enojo.

—Solo era una broma —dijo, fingiendo estar arrepentido.

Ange rodó los ojos y negó con la cabeza.

—¿No me volverás a hablar?

—No me tientes —dijo al fin con una sonrisa traviesa.

—Sabes que no podrías. —Luca la jaló hacia sus brazos y la besó sin importar que estuvieran en un lugar público.

Alguien aclarándose la garganta junto con una risita los hizo separarse.

—¡Papá! ¡Mamá! —gritó emocionada Ange al ver de quien se trataba, y sin pensarlo se lanzó a sus brazos, llorando de felicidad. Llevaba dos años sin verlos—. ¡Bienvenidos a Florencia!

—Mi niña —dijo su padre con una sonrisa orgullosa en sus labios—, cada día estás más hermosa, como tu madre. Y tú, muchacho, espero que sigas cuidando a mi niña —le dijo mientras saludaba a Luca con un cálido abrazo.

—Con mi vida —contestó, sonriendo.

Luca les dio un paseo en carro, y prometió a Rosa, su suegra, llevarlos en cuanto descansaran a la Catedral de Santa María del Fiore, pues había visto

unas imágenes que le habían dejado maravillada y tenía muchas ganas de conocerla.

Cuando llegaron a su casa, Luca le dio espacio a Ange para que platicara con sus padres, mientras él avanzaba un poco de trabajo desde la oficina que tenía en casa. Por la noche fueron a *La Bottega del Buon Caffè*, el restaurante favorito de Ange, y los papás de Luca también se unieron a la cena.

Luca al ver que Ange bostezaba, dijo que ellos se retiraban. Ella trató de negarse, pero él se mostró firme. Sus padres quedaron de llevar más tarde a sus suegros, irían a un tour nocturno en *segway*.

En el carro, Ange le dijo—: Quería ir con ellos, hace mucho que no los veo.

—Pasado mañana iremos de paseo, lo prometo, *piccola mia*. Pero tienes que descansar, tienes un aspecto demasiado frágil —dijo, frunciendo el ceño.

Ella giró la cara para evitar que leyera el miedo e incertidumbre en sus ojos. Desde que había notado hace dos semanas aquel extraño bulto en su seno, no había podido parar de pensar y preocuparse, hoy se había dado cuenta que había aparecido un enrojecimiento extraño y que otro bulto le había salido, además le dolían bastante sus senos y cuello. Tenía claro que debería ir al doctor de inmediato, pero no quería arruinar estas fechas a nadie. Iría en cuanto sus padres regresaran a México.

—No tengo nada. Solo necesito dormir.

—Quizá podría darte un masaje y...

Dejó la frase al aire. Ange sabía qué era lo que él quería, pero no podía dárselo. Luca se daría cuenta y eso era lo último que quería. Ayer no había podido resistirse, pero se había arriesgado mucho, y no podía cometer ese error. Con un nudo en la garganta, por primera vez en seis años de matrimonio tuvo que negarse. —Hoy no, estoy agotada.

—Me conformó con dormir contigo a mi lado —le dijo cariñoso, llevando la mano de Ange a sus labios para darle un suave beso.



Estar rodeada de las personas que amas en año nuevo, hacía que la celebración fuera mágica. Ange no podía creer la suerte que había tenido aquel día al chocar accidentalmente al salir de la cafetería con Luca. Había tratado de borrar la mancha de café del traje de Luca con un pañuelo que llevaba, mientras él la observaba divertido, por las disculpas y maldiciones que Ange le decía en español. Desde ese día no habían podido apartarse uno del otro, había sido amor a primera vista y su vida cambió radicalmente. Juntos regresaron a México para hablar con sus papás y por sus cosas.

—Me gusta verte sonreír así —le susurró Luca en el oído.

—Me estaba acordando del día en que nos conocimos.

—Cómo olvidar que la mujer más hermosa que había visto en mi vida limpiaba desesperadamente mi ropa, con un hermoso sonrojo en las mejillas y hablando un idioma que en ese entonces no entendía. ¿Pero sabes que fue lo mejor?

—¿El café que te invité después? —bromeó.

—Eso fue un extra —dijo divertido—. Cuando alzaste tu mirada y nuestros ojos se encontraron. Supe en ese momento que eres el amor de mi vida, y que no te dejaría escapar.

—Me pasó algo similar, aunque no pensé que tendría posibilidades contigo.

—Ven, vamos a bailar.

—Pero no hay nadie bailando. —Miró alrededor, pero nadie les prestaba atención. El gran comedor estaba lleno de la numerosa familia de su esposo. Le gustaba que todos estuvieran ahí, sus padres estaban hablando animadamente con el hermano menor de Luca y su esposa. Luca la llevó a la terraza donde se escuchaba la suave música que amenizaba la fiesta.

—Solo déjate llevar, *vita mia*.

Sin decir una palabra más, pasó los brazos por el cuello de su esposo, él la estrechó contra sí y comenzaron a balancearse al ritmo de la música. —Me gustaría que este momento fuera eterno —dijo Ange, mientras recargaba su cara contra el pecho de Luca.

—Tenemos toda la vida para disfrutar.

Ange cerró los ojos, tratando de detener las lágrimas que querían escapar de sus ojos. Ya no estaba tan segura si tenían toda la vida. ¿Qué haría si sus sospechas se volvían realidad? ¿Cómo afrontaría aquello? Si tan solo pensarlo le causaba terror. No pudo seguir luchando contra las lágrimas.

Luca sintió la humedad a través de su camisa. Se separó de ella y tomó su rostro entre sus manos. —¿Qué sucede, preciosa?

—Simplemente, soy tan feliz que me da miedo que mañana pueda pasar algo que nos separe.

—Nunca, lucharía contra todo lo que se ponga en nuestro camino para llegar a ti, las veces que sean necesarias.

Escucharon el conteo regresivo que indicaba el comienzo de un nuevo año.

5,4,3,2,1...

Se besaron, sellando una nueva promesa de amor. Minutos más tardes entraron con los demás, donde felicitaron a todos e intercambiaron abrazos y buenos deseos. La fiesta se prolongó hasta el amanecer. La mayoría de la familia de Luca se quedó en casa, y al día siguiente hicieron una barbacoa en uno de los jardines de la casa y los niños nadaron en la alberca.

—¿Y para cuando me harán tío? —preguntó sin mala intención, Carlo, el hermano menor de Luca.

—Pronto —contestó Luca—, la verdad es que he sido egoísta y quería tener un tiempo solo para mí a Ange.

—Entonces, somos dos los egoístas —replicó Ange.

Los siguientes días llevaron a los papás de Ange a conocer mejor Florencia y

sus alrededores. La tensión entre ambos iba aumentando. Ella se negaba todas las noches a hacer el amor con su esposo, cosa que lo tenía desconcertado y habían discutido más de una vez. Se estaba distanciando poco a poco sin darse cuenta. Durante el día, frente a sus padres, se trataban como siempre, sonriendo y agarrados de la mano, pero por las noches dormían lo más separados que la cama les permitía.

Ange se sentía fatal porque sabía era la culpable de toda esta situación, pero no sabía qué otra cosa podía hacer. No quería que él se diera cuenta de lo que estaba pasando, ya había sacado una cita con su doctora de cabecera.

El día que sus padres se regresaban a México por fin llegó. Los fueron a despedir al aeropuerto, y ella no pudo evitar llorar cuando los vio alejarse por la puerta de embarque. Luca se dio vuelta sin esperarla y subió al carro con seriedad. Ella lo siguió bajando la mirada.

—¿Ahora si me dirás que está pasando, Ange? —atacó Luca con tono mordaz—. Y no quiero más excusas que tienes dolor de cabeza o que estás cansada. ¿Qué está pasando?

Los ojos negros de Ange se llenaron de agonía. —Solo te pido unos días más, eso es todo. Por favor —trató que su voz sonara firme.

—¿Días para qué? —contestó Luca. No podía dejar que se siguiera alejando de él.

—Para aclarar mis ideas.

—¿Tienes dudas de nosotros? —dijo Luca, dando un respingo con evidente dolor en la voz. Apretó el volante con sus manos para evitar detener el carro en medio de la calle y obligarla que lo viera a los ojos y le dijera la verdad.

—No... sí.

Luca soltó un juramento. —Si me dices que no me amas, no te creeré, Ange. De tus labios pueden salir algunas cosas, pero tus ojos me dicen lo contrario, y lo sabes.

—Por favor —suplicó.

—¿Por favor, qué? Quieres que deje que te alejes de mí, sin saber por qué lo haces.

—¿No puedes darme espacio? Lo necesito. Me estás asfixiando —dijo casi histérica y se arrepintió en cuanto salieron esas palabras de su boca—. No quería decir eso —trató de disculparse de inmediato.

—Ya entendí el mensaje —respondió Luca con gravedad. Dejó escapar el aire de sus pulmones con lentitud, tratando de tranquilizarse.

Esa noche, Luca durmió en otra habitación y Ange no paró de llorar. Más de una vez estuvo a punto de ir a buscarlo, pero, ¿qué le diría? Aún no estaba lista para contarle sus sospechas. Mañana por fin sabría qué le estaba pasando.



—Señora De Santis, la doctora la está esperando —dijo amable la recepcionista de la clínica y la acompañó hasta el consultorio de la doctora. Antes de entrar, tomó una bocanada de aire y trató de tranquilizarse.

—Gracias, Antonella —se despidió con un gesto de la mano y cerró la puerta a sus espaldas. La Doctora Vitale estaba estudiando un expediente, que supuso era el suyo—. Espero no interrumpir, Doctora —trató de actuar con naturalidad.

—¿Cuántas veces te he dicho que soy solo Carina? —Frunció al ver la palidez en el rostro de su paciente—. Pero, ¿qué pasa? Parece que has visto a un fantasma.

Ange se rascó nerviosamente el cuello y sin demorar un segundo más comenzó a contarle sus temores. —Hace un par de semanas noté que me salió una bolita en el seno, pensé que quizá era a causa de un golpe que me había dado, pero días después se me enrojeció la piel alrededor del pezón y me salieron otras bolitas, y siento mucho dolor en los senos y un poco de dolor en el cuello. Estuve investigando un poco en internet y tengo miedo que sea cáncer.

—¿Hace cuánto que te salió la primer bolita?

—Casi un mes.

—¿Por qué vienes hasta ahora, Ange? Sabes que es importante acudir en cuanto sientas que algo está mal. No debes esperar tanto.

—Lo sé, pero mis papás estaban de visita y no quería arruinar los días festivos de nadie.

—Vamos paso por paso. ¿Te pusiste perfume, desodorante, talco u otra sustancia en el área?

—No, siempre evito usar cuando vengo a consulta.

—Bien, te haré una mamografía primero. —Fueron a un cuarto especial donde había una chica que era la radióloga, y le pidió la doctora que se desnudara de la cintura para arriba, le dio una bata de la clínica y le indicó que se quedara parada, mientras hacían el estudio. Los segundos se le hicieron eternos. Cada vez que le pedían que contuviera la respiración, sentía que envejecía diez años.

La llevaron a un cuarto para que se sentara, pero le dijeron que no se pusiera la ropa, por si tenían que repetir alguna toma. Mientras esperaba en el cuarto con la puerta entreabierta, escuchaba los susurros de la doctora Carina con la radióloga, y no entendía qué decían pero por el tono sabía que no eran buenas noticias. Se le formó un nudo en la garganta.

La doctora Carina se asomó por la puerta y con el rostro serio, le pidió si la podía acompañar. La llevaron a la oficina de la radióloga.

—Señora De Santis, seré directa con usted.

—Simplemente Ange, por favor.

—Tenemos que hacerte una biopsia.

El mundo se detuvo para ella en ese momento, sus peores temores se estaban volviendo realidad. —¿No se ve nada bien? —dijo tratando de ser valiente,

aunque por dentro el temor la invadía.

—No, no se ve bien.

El corazón de Ange dio un vuelco, cerró los ojos y el rostro de Luca apareció en su mente. Tomó fuerza de su amor y se mantuvo positiva. Existía la posibilidad de que no fuera cáncer. Se aferraría a esa esperanza.

—¿Cuándo programarán la biopsia?

—La doctora Carina está haciendo todo por hacértela en un par de horas y mañana mismo tendrías los resultados.

Miles de preguntas rondaban en la cabeza de Ange. —¿Dónde me la harán? ¿Cómo será? ¿Cuánto tiempo demorará? ¿Dejará cicatriz? —comenzó a preguntar todo lo que venía a su mente, y la doctora le explicó con paciencia, aunque solo captó algunas palabras como que sería una pequeña incisión que no dejaría cicatriz, que era recomendable que alguien viniera a buscarla, que no podía hacer ningún esfuerzo por un par de días...

Le dieron unos papeles que firmó sin leer, parecía que todo iba en cámara lenta. La biopsia la programaron para dentro de veinte minutos, la llevaron a lo que parecía un quirófano.

—No te preocupes, la biopsia solo tomará unos minutos, puedes sentarte mientras ahí. —Le dio una sonrisa amable y la dejó sola. Tomó su celular, debatiendo entre hablarle o no a Luca, y con el corazón acelerado decidió marcar.

—Buenos días. —Escuchó la voz seria de Luca al otro lado de la línea al tercer tono.

—Hola —dijo titubeante.

—Saliste muy temprano. —Luca tuvo que frenarse de preguntar dónde estaba.

—Tenía unos asuntos que resolver. Solo quería decirte que siento hacerte pasar por todo esto.

—No me dejes afuera, corazón. Lo que sea que esté pasando, lo podemos resolver entre los dos.

—Eso quisiera, solo prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—Que pase lo que pase entre nosotros —hizo una pausa—, seguirás siempre hacia delante y lucharás por ser feliz.

—Parece que estás dando por hecho que terminaremos. No hables así.

—Solo promételo, por favor.

—Ange.

—Hazlo por mí.

—De acuerdo, lo prometo —dijo a regañadientes.

Los dos se quedaron callados, sin saber que decir.

—¿Qué te parece si vamos a comer a aquel lugar que tanto te gusta? —propuso Luca.

—Hoy no puedo, llegaré tarde.

—¿Dónde estás? —preguntó, desconcertado.

—Ya te contaré más tarde.

—Ange —dijo en advertencia.

—Me tengo que ir, nos vemos en la noche. —Colgó antes de seguir discutiendo.

La doctora llegó unos minutos después, le indicó que se abriera la bata y acostara boca arriba, le limpió la zona del pecho e inyectó anestesia local. Ange cerró los ojos, y tratando de no pensar en lo que estaba pasando escuchaba los sonidos alrededor, pero sin prestarles atención. Sentía solo una ligera presión un su seno sin llegar a ser dolorosa.

Pasaron unos minutos, en lo que la doctora tomaba la prueba que necesitaba y le indicó que ya habían terminado por hoy. La citó mañana temprano para darle los resultados. Sabía que regularmente tardaban de tres a cinco días en darte los resultados, pero Carina había hecho que le dieran prioridad, cosa que agradecía infinitamente, no creía poder sobrevivir a la angustia durante tantos días.

No quería llegar a casa y enfrentarse a Luca, así que paseó por las calles de Florencia. Ya pasaba de las siete de la noche cuando le dio hambre y recordó no haber comido nada en todo el día. Buscó un lugar tranquilo donde comer, hasta que dio con un pequeño café escondido de turistas, donde se sentó por horas pensando en lo que haría si los resultados no salían como ella quería mañana.

El sonido de su celular la hizo brincar, pues estaba tan concentrada que se había perdido en su mundo. Miró la pantalla de su teléfono, y vio el rostro de Luca. Al mirar la hora, abrió los ojos sorprendida. Eran más de las once. Alzó la vista, pensando que sería la única cliente en aquel lugar, pero estaba lleno.

—Hola —contestó tranquila.

—¿Dónde estás, Ange? —preguntó hosco.

Se quedó en silencio pensando qué contestar.

—Te pregunté algo —estalló Luca, agarrando las llaves de su carro y saliendo a toda prisa para ir a buscarla.

—Luca no manejes en ese estado —le dijo al escuchar el ruido del motor.

—Te lo preguntaré solo una vez más. ¿Dónde diablos estás?

—Estoy bien, estoy cenando. —Trató de tranquilizarlo.

—¿Sola?

—¿Qué quieres decir Luca? ¿Estás diciendo que te soy infiel?

—Dime qué otra cosa puedo pensar cuando no paras de pedirme un tiempo, pones distancia entre nosotros, no me dejas hacerte el amor, y cada vez que

damos un paso adelante pones más barreras. Me estoy volviendo loco tratando de entender qué está pasando.

—¿Acaso no confías en mí?

—Me estás preguntando en serio eso. Parece que tienes memoria selectiva. ¿Quién es la que lleva días actuando extrañamente y no me dice lo que está pasando?

—Tienes razón —admitió con tristeza—. Tengo que colgar Luca, no quiero pelear contigo.

—Solo recuerda que traté de hacer esto a tu manera, pero no llegamos a ningún lugar. —Luca colgó el teléfono y activó enseguida el rastreo de las tarjetas de crédito de su esposa para tratar de localizarla.

Ange pagó la cuenta. Decidió que lo mejor sería quedarse en un hotel aquella noche, no quería más pleitos con Luca, y estaba segura que no la dejaría en paz hasta que le confesara todo. Sabía que debía decirle toda la verdad, pero, ¿cómo explicarle ese temor que tenía a su rechazo, que la viera diferente, que dejara de verla atractiva, que perdiera aquel brillo con el que siempre la miraba, que poco a poco se alejará de ella? El miedo la había corroído hasta lo más profundo de su ser.

Pero tú te estás alejando de él, se dijo, regañándose. Tenía que aceptar que todas las cosas que la estaban afligiendo eran creadas por sus inseguridades, Luca nunca le había dado un solo motivo para que tuviera dudas de él, pero siempre estaban los peros, y no quería averiguar eso, prefería afrontar todo aquello sola. Pero también necesitaba que le sostuviera la mano y le dijera que juntos saldrían adelante.

Llegó a un hotel al que solía ir con Luca cuando se querían esconder del mundo. Pidió la primera habitación que tuvieran disponible, la chica de la recepción la reconoció de inmediato.

—Señora De Santis, bienvenida. Enseguida le tendremos lista la suite de siempre —le dijo con una sonrisa cómplice— ¿El Señor De Santis vendrá más tarde?

Ange se sonrojó, y no quiso entrar en detalles, así que solo asintió con la cabeza y esperó a que le diera la tarjeta de su habitación en silencio. Lo primero que hizo al entrar a la habitación fue quitarse los zapatos y la ropa, tomó la bata del hotel y se cubrió con ella. Con un suspiro cansado, dobló su ropa y pidió a recepción servicio de lavandería express. En cuanto le dio a la mujer la ropa, se dio una larga ducha y fue a la cama sin ganas de nada más, solo quería olvidar.

Luca miró la alerta que su esposa había utilizado la tarjeta en el hotel que siempre iban, frunció el ceño y apretó los puños. Se cambió lo más rápido que pudo y sin esperar más tiempo, manejó al límite de velocidad al hotel donde estaba su escurridiza mujer. ¿Qué haría si la encontraba con otro? El solo pensamiento de que otro estuviera tocando a su mujer le hizo apretar los dientes y puños. Creía conocer a Ange, y si le hubieran preguntado hace unas semanas si ella sería capaz de serle infiel, él lo habría negado rotundamente, pero ahora no sabía qué creer.

Cuando entró al hotel, se quedó pensando qué hacer. Si pedir un favor y preguntar el número de habitación de su mujer, o llamarla y decirle que estaba en recepción y que no se iría de aquel lugar hasta hablar con ella, pero la recepcionista le solucionó su problema sin darse cuenta.

—Señor de Santis, bienvenido. Aquí está la llave de su habitación.

—Gracias, Isabella —dijo leyendo el nombre en el pin de la mujer.

Cuando Luca entró al cuarto, trató de no hacer ningún sonido. La habitación estaba completamente a oscuras y no tardó en localizar a su mujer dormida en la cama, sola. Suspiró con alivio y dejó escapar el aire que no se había dado cuenta estuvo reteniendo desde que entró.

Dudó un momento en despertarla o dejarla dormir, pero de nada servía dejar pasar más el tiempo. Era hora de hablar y lo harían justo ahora. Prendió la luz de la habitación, Ange se removió entre sueños y se quejó suavemente. Luca arrastró una silla, haciendo la mayor cantidad de ruido posible, hasta ponerla frente a la cama para verla directamente. Ange despertó sobresaltada por el ruido y gritó con miedo.

—Tranquila, soy yo —dijo Luca con seriedad.

—¿Luca?

—Al menos te acuerdas de quién soy.

—¿Cómo entraste aquí? —Lo miró con una expresión de total confusión.

—Muy fácil, la recepcionista en cuanto llegué me ofreció la llave de nuestra habitación.

Ange se maldijo por no aclarar a la mujer que en esta ocasión su esposo no se reuniría con ella.

—¿Ya no dices nada? ¿Acaso te comieron la lengua los ratones?

—Pero, ¿cómo supiste que estaba aquí? —preguntó torpemente.

—Hay pocas cosas sobre ti que no conozco. Y precisamente es una de ellas la que nos está separando, es momento de hablar con la verdad. Cada vez es mayor la distancia entre nosotros y no sé qué está pasando, es como si no estuvieras conmigo. Sé que te estoy perdiendo, pero lo peor es que no logro entender qué hice mal. He intentado de todo para llegar a ti, pero simplemente no puedo más —terminó derrotado.

—Luca —lo miró con profunda angustia—. Nunca ha sido mi intención dañarte de esa forma.

—Entonces, por qué no me dices qué pasa. Hoy en la tarde me pregunté si lo mejor sería dejarte libre, pero la parte más egoísta de mí se rebeló ante esa idea. Quiero que seas completamente honesta, sin importar lo dolorosa que pueda ser la respuesta. ¿Quieres el divorcio? ¿Quieres que nos separemos?

Ange hizo una mueca de dolor y un grito ahogado escapó de sus labios. Luca vio como sus ojos se llenaban de lágrimas.

—No, no quiero eso —dijo con un sollozo ahogado.

—Entonces, ¿qué quieres? —La miró fijamente a los ojos.

—Quiero que me abrases esta noche y no me sueltes —le tendió una mano para que se acercara a ella.

—¿Y mañana? —preguntó con frustración. Sin moverse de su lugar.

—Será otro día. Por favor —le suplicó. Con un suspiro derrotado, Luca la estrechó entre sus brazos y besó su cabeza antes de ir a apagar la luz, desnudarse y meterse a la cama donde ninguno de los dos durmió casi hasta la madrugada, disfrutando de estar en los brazos del otro.



Luca se despertó con la alarma de su celular. Tenía que ir a una junta, pero antes tenía que pasar a su casa a cambiarse. Miró a su esposa dormir y con esfuerzos sobrehumanos, se levantó de la cama, y mientras se arreglaba pidió el desayuno.

—Ange —la llamó suavemente.

—Mmm —protestó entre sueños.

Luca no pudo evitar sonreír, su esposa no era una persona madrugadora y le costaba bastante despertarse.

—Ya está el desayuno, se enfriará. —Se sentó en la cama y le acarició la mejilla. Ella abrió los ojos y le sonrió como solía hacerlo antes. El pulso de Luca se aceleró—. No me veas de esa forma si no quieres que pase algo más en este momento —le advirtió. Ange salió corriendo al cuarto de baño, apretando la bata contra su pecho.

Encontró su ropa en el tocador y se vistió con prisa. Eran las siete y tenía que llegar al hospital antes de las once. Tenía que pensar en una excusa para darle a Luca para no irse con él sin levantar sospechas.

—Todo huele muy rico —dijo al salir del baño. Él la miró extrañado. Se sentaron a desayunar, hablando de cosas triviales, ninguno de los dos queriendo hablar sobre lo que había ocurrido la noche pasada. Cuando terminaron, Luca observó cómo Ange estaba nerviosa por algún extraño motivo.

—Vamos, Ange. ¿No se te olvida nada? —La tomó de la mano, y ella se le apretó cariñosamente.

—No te desvíes por mí. Seguro tienes alguna reunión.

—Nada es más importante que tú, y además tengo que ir a casa a cambiarme, no puedo llegar así —dijo, señalando su ropa deportiva.

—¿Te importaría dejarme en el centro comercial? —trató de sonar casual—. Tengo que recoger las invitaciones que me encargó tu hermana. —No era del todo una mentira, aunque no estarían hasta dentro de tres días, pero él no tenía por qué saberlo.

—Claro, te llevo. Y puedo mandar el chófer para que te recoja. —Entraron al elevador. Parecía que habían firmado una clase de tregua.

—No te preocupes, puedo tomar un taxi. Sabes que no me gusta hacer esperar a las personas.

Luca se encargó de hacer el check out del cuarto, y cuando salieron ya tenían listo el carro. El trayecto al centro comercial se hizo largo debido al tráfico que había, llegando casi a las diez de la mañana, y ambos fueron en completo silencio o tarareando alguna canción, sin atreverse a decir algo que arruinara la mañana.

—Ten un buen día, hermosa.

Ange lo miró y sin pensarlo, se acercó para besar sus labios, y Luca le respondió con entusiasmo. Cuando lograron separarse, ella le aclaró sin titubeos:— ¡No vuelvas a pensar que quiero divorciarme de ti! Eres el amor de mi vida y te amo como el primer día, pero estoy pasando por una etapa en la que necesito un poco de espacio.

—Te amo, *vita mia*, y te prometo ser más paciente.

—Y yo a ti.

Ange fingió entrar al centro comercial, pero esperó en la entrada hasta que vio alejarse el automóvil de Luca. Corrió a tomar un taxi y se dirigió a conocer los resultados de la biopsia.

En cuanto vio a la doctora Carina, supo que su peor pesadilla se había hecho realidad.

—Hola, Ange, ¿sientes alguna molestia?

—No, ninguna. —Vio como Carina luchaba para encontrar las palabras adecuadas para decirle que tenía cáncer de mama—. Dilo lo más franca posible.

—Tienes cáncer de mama. No te preocupes, no estás sola en esto, cariño. Y lo digo como tu doctora y amiga.

El mundo de Ange se detuvo en ese momento, veía como los labios de Carina seguían moviéndose pero no escuchaba nada, solo un pitido en su cabeza. Estaba en shock. Comenzó a llorar, pensando que jamás tendría hijos con Luca, ni los vería crecer.

—¿Ange, me estás escuchando?

Sacudió la cabeza, tratando de entender qué le estaba diciendo Carina. —¿Cómo? —dijo confundida.

—Te estaba explicando que hemos analizado la muestra con la oncóloga Marie, que te presentaré más tarde, y tienes un tipo de cáncer invasivo.

—¿Me voy a morir? —fue lo único que pudo preguntar, con las uñas clavándose en su palma.

—No, si está en mis manos. Lucharemos juntas en esta batalla. Te recomiendo que te realicen una mastectomía radical modificada.

—¿Cómo es eso?

—Te extirparían el tejido mamario y ganglios linfáticos de tu seno derecho.

—¿Eso quiere decir que...? —no terminó la frase y bajó la mirada a sus senos.

—Sí —contestó la doctora. Tratando de tranquilizarla, le dio información adicional sobre la reconstrucción de senos y las opciones que tenía, pero

Ange no podía procesar toda esta información.

—Me tengo que ir —dijo, parándose abruptamente, pero Carina la detuvo.

—Te saqué cita para pasado mañana con Nicole, es una psicóloga que te ayudará en lo que necesites. Y tenemos que programar la operación para lo antes posible y también debo presentarte a Marie.

La siguiente hora, Ange actuó por instinto, mientras Carina y Marie le daban toda la información que necesitaba. Se ofrecieron a llamar a Luca, pero ella se negó firmemente. Solo recordaba que la operarían en diez días y que perdería su seno.

Al llegar a casa, fue directo a su cuarto y se encerró en el baño con los álbumes de fotos que encontró de ella y Luca. Con lágrimas corriendo por sus mejillas, pasó foto a foto, recordando cada momento, emoción y sentimiento. Se levantó y se miró en el espejo, se desnudó de la cintura para arriba, dejando al descubierto sus senos, se imaginó su cuerpo después de la cirugía y tuvo que taparse de inmediato con un gemido lleno de dolor.

Cegada por el dolor y la autocompasión, comenzó hacer una maleta sin fijarse en lo que metía, solo echando lo primero que encontraba. Tomó su pasaporte y pidió un taxi para que la llevara al aeropuerto, dejando tras ella toda la habitación en desorden, con ropa tirada por el piso y fotografías en el piso del baño.

Tomó el primer vuelo que encontró para Ciudad de México, sin parar de llorar durante la mayor parte del vuelo. La asistente de vuelo le preguntó si todo estaba bien, y le ofreció un vaso de agua para que se tranquilizara.



Era el tercer día que pasaba en Ciudad de México. Se hospedada en un hotel en el centro de la ciudad. En un comienzo había pensado ir con sus padres, pero sabía no era justo para Luca, el primero en saberlo tenía que ser él. Con el pasar de los días, se había dado cuenta del error que había cometido al huir y que solo había dejado que el miedo tomara sus decisiones, pero ya no lo

haría. Esa misma mañana había comprado un vuelo de regreso a Florencia. Había llamado a casa, pero nadie le contestó así que dejó un mensaje de voz. Esperaba que Luca la escuchara, y sabía que tenía todo el derecho de estar enojado con ella, así que sería paciente.

Se vio en el espejo y notó como había perdido peso y las ojeras habían tomado lugar debajo de sus ojos. Se lavó el rostro, y se prometió hoy sería el último día que se lamería las heridas, que afrontaría el cáncer con coraje y saldría adelante porque no estaba dispuesta a rendirse, aún tenía mucho por lo que vivir.

Alguien tocó la puerta de su habitación, frunció el ceño, ya que no había pedido nada, pero fue abrir de todas formas.

—Ya voy —gritó, secándose el rostro. Abrió la puerta sin fijarse de quien se trataba, y se quedó con la boca abierta al ver a su esposo al otro lado de la puerta—. ¡Luca! —dijo, asombrada de verlo ahí, pero feliz de por fin estar con él.

El enojo en las facciones de Luca se transformaron en palidez cuando la vio, se veía agotada física y emocionalmente. —¿No me invitarás a pasar? —trató de sonar tranquilo.

—Sí, claro. Pasa. —Se hizo a un lado para que entrara y cerró la puerta detrás de él—. Es solo que me sorprendió mucho verte aquí. Nunca pensé que me vendrías a buscar, no después de cómo te he tratado. —Se sonrojó, avergonzada.

Verla así debería darle cierto placer a Luca, pero solo logró preocuparlo más. —Espero que no hayas olvidado que un día te prometí que iría por ti al fin del mundo. Demoré estos días en lo que averiguaba tu paradero, pero por mí hubiera estado contigo desde la primera noche que escapaste sin dejar una sola nota. —No pudo evitar recriminarle.

—Iba a regresar mañana a casa. —Se paró de inmediato y corrió por el boleto de avión para enseñárselo.

—¿Por qué te fuiste? Y por favor, ya basta de esquivar la verdad. Nos merecemos más que eso. —Él la miró con la tensión reflejada en el rostro.

—Por miedo —comenzó a decir titubeante, con el dolor y la pena quemando como lava en su interior.

—¿A qué o quién? —exclamó Luca entonces furioso que alguien estuviera acosando a su mujer de tal forma que la hubiera hecho huir y alejarse de él.

—A morir.

Aquello dejó sin palabras a Luca, que la veía con incredulidad. Comenzó a negar desesperado con la cabeza, en ese momento fue como si hubiera tenido una revelación, poco a poco las cosas fueron encajando en su cabeza y fue consciente de todas las señales que había ignorado hasta ese día. —No morirás —dijo con firmeza—. Nada ni nadie te arrancará de mi lado, ¿entiendes?

Ange quiso abrazarlo cuando vio como sus ojos se llenaban de lágrimas y vio la preocupación y amor en su rostro. Recordó los votos que habían hecho —*en la salud y en la enfermedad*—y comprendió que si él fuera el que tuviera que pasar por esta prueba, estaría con él hasta que superaran juntos el cáncer. No lo dejaría de querer por no tener cabello o porque perdiera una parte de su cuerpo. Así de sencillo es el amor. Quizá esto que estaba pasando era una señal para que aprendiera a ser agradecida con lo que tenía.

—Juntos —asintió Ange.

—¿Qué es lo que tienes, Ange? —dijo con expresión determinada.

—Antes que te diga nada, quiero pedirte que me... —Se enjugó las lágrimas y alzó la barbilla para verlo directamente a los ojos—... perdones. Sé que estás últimas semanas fueron un calvario para ti, también lo fueron para mí, me deje controlar por mis inseguridades y miedos, y me alejé de ti en lugar de contarte qué estaba pasando.

Luca hizo que se sentara sobre sus rodillas y rozó sus labios. Al principio fue un beso tentativo, entonces Ange abrió la boca para recibir su caricia, y apoyó sus manos en su fuerte y acogedor pecho, ambos se estremecieron de placer. Ange por fin se sentía feliz, amada, segura entre sus brazos y sabía que ninguna enfermedad la vencería.

—Olvidaremos estos últimos días solo con una condición y es que no lo vuelvas hacer.

—Lo prometo —Ange suspiró quedamente y escondió su rostro en el cuello de su marido—. Tengo cáncer de mama.

Luca dejó escapar un juramento ahogado. Su corazón se detuvo un momento, recordando lo poco que sabía de esa enfermedad, y se prometió que eso cambiaría de inmediato, que investigaría todos los tratamientos que existían. Todos sus músculos se tensaron al tiempo que hacía que Ange lo mirara a los ojos. —Lo superaremos juntos —expresó con firmeza—. El cáncer no te apartará de mi lado —juró, y besó su frente con todo el amor que fue capaz.

—Tengo miedo —dijo Ange con un susurro entrecortado.

—Yo también, *vita mia* —se le rompió la voz a Luca—, pero sé que un día veremos todo esto como una anécdota que contaremos a nuestros nietos.

Ange comenzó a contarle todo, desde que sintió la primer bolita y como había querido ignorar sus dudas, el enrojecimiento, la visita a la doctora, hasta la biopsia. La parte más difícil fue la de la operación.

—Tenemos que regresar entonces urgente a Florencia.

—¿Por qué si la operación es hasta dentro de siete días? —Lo miró con curiosidad.

—Tengo que hablar con tu doctora y buscar al mejor especialista —le contestó como si fuera la más obvia respuesta del mundo.

—¿No te importa que me lo quiten? —por fin se atrevió a preguntarle.

—Lo único que me importa es que te cures. Te amo por quien eres, por lo que hay en tu corazón, y eso nadie te lo va a quitar. Todo lo demás no importa. —La estrechó entre sus brazos, Ange sintió un nudo en la garganta y trató con todas sus fuerzas mantener la compostura. No más lágrimas.

A partir de ese día solo habría sonrisas y felicidad.



Ange no podía creer que ya había pasado un año desde que volvió a nacer, porque para ella el día que le hicieron la mastectomía fue como si hubiera nacido otra vez. Habían regresado de México dos días antes de la operación y Luca la acompañó en todo momento, haciéndole sentir su amor, cariño y respeto. Aunque no podía negar que el momento más duro de su vida fue entrar a cirugía porque sabía que ya nada sería igual. Sin embargo, su esposo siempre le recordaba que era una luchadora y que admiraba su valentía. Él la había apoyado en su decisión de hacerse una reconstrucción inmediata de su seno, aunque aún no decidía si quería hacerse un tatuaje o una reconstrucción del pezón, tenía que pensarlo y no tenía prisa. Cuando Marie le dijo que el ganglio centinela estaba limpio, sintió un gran alivio y lloró de alegría junto con Luca. No tendría que pasar por quimioterapia o radioterapia como tantas guerreras que había conocido durante esos días, solo tuvo que seguir una terapia hormonal. Cada revisión a la que iba solo eran buenas noticias, aunque había días en que el medicamento le daba bajones, contaba con el apoyo de su familia.

Cuando le dieron la noticia que tendrían que hacerle una mastectomía radical, pensó que se sentiría menos mujer o que su esposo la dejaría de desear, pero había pasado todo lo contrario, se sentía más segura de sí misma, más sexy, y Luca la encontraba igual de atractiva que siempre.

Ahora tenía claro que quería transmitir un mensaje a todas las mujeres que desgraciadamente estaban pasando por esto. Que cada mujer que tiene cáncer de mama es una guerrera, que lucha con uñas y dientes para salir adelante. Que las cicatrices que deja a su paso solo las hacen más bellas. Y que nunca están solas, porque sus seres queridos quizá sí las vean con otros ojos, pero esos ojos serán de orgullo, amor y admiración. Que se aferren y luchen con todo.

Luca había comenzado a hacer donaciones a organizaciones que apoyaban la prevención del cáncer de mama y que apoyaba a las mujeres que estaban pasando por esa situación.

—Al fin te encuentro —dijo su guapo marido entrando al jardín secreto que habían mandado a construir solo para ellos. Durante horas se pasaban sentados leyendo algún libro e intercambiando puntos de vista, en ocasiones eran tan acalorados los debates que terminaban haciendo el amor. Ange sintió que un escalofrío la recorría por todo el cuerpo, como siempre cuando se trataba de su esposo.

—Quería venir aquí antes de irnos —dijo ella con sinceridad—. Tengo tanto por lo que agradecer a la vida, y en este lugar siempre se me vienen a la cabeza las mejores ideas para poder ayudar y darle esperanza aquellas personas que la han perdido. Como tú me la diste a mí, *caro*. Te amo.

FIN

Más allá de las fronteras

—¿Qué haces, Jennifer?

Con una sonrisa traviesa, la adolescente se giró hacia su madre y contestó

simplemente—: Unas galletas de chocolate.

—Últimamente estas cocinando mucho. Nunca lo habías hecho —comentó extrañada la mujer.

Antes no conocía a Leonardo, dijo para sí misma, pero aún no podía hablarle a su mamá de él. Quería guardar ese pequeño secreto para ella por unos meses más. Llevaba casi dos años de conocerlo y aunque le había costado, él por fin confiaba en ella, eran inseparables en la escuela. Ella quería ayudarlo como pudiera y desde hace un mes le llevaba comida a diario, sabía que no descansaba y casi ni comía, así que por lo menos se aseguraría que siempre tuviera algo que comer.

—Mmmm —fue la única respuesta de la joven.

—¿De quién se trata? —Conocía bien a su hija y aquella sonrisa y brillo especial en sus ojos se debía a alguien. Llevaba así un par de semanas, había esperado paciente a que confiara en ella, pero aún no le decía nada. Un temor y alegría recorrió a la mujer, para ella su pequeña siempre sería una niña, pero sabía que debía dejarle extender sus alas, y estar para ella cuando se tropezara o cayera, y aunque eso no significaba que no le diera miedo a que su hija terminara con el corazón roto, el primer amor raramente duraba.

—No sé de qué hablas, mamá.

—No nací ayer. Y aunque no lo creas, también tuve tu edad. Y conozco bien esa sonrisa, señorita.

Jennifer se sonrojó y bajo la mirada. —Es solo que aún es pronto para hablar de eso.

—Nunca es demasiado pronto. Puedes confiar en mí, Jennifer. Además de tu madre, soy tu amiga. —Se acercó a ella y le tomó su mano con una sonrisa sincera.

—Es un chico de la escuela, se llama Leonardo —balbuceó, tratando de esconderse tras su largo cabello rubio.

—¿Hace cuánto son novios?

—¡Mamá!

—¿Qué? Me vas a decir que solo platican del clima —dijo divertida su mamá, viéndola directamente a sus ojos marrones.

—Él es diferente —contestó Jennifer con una sonrisa orgullosa—. No es ese tipo de chico que solo le interesa una cosa. —Le costó decir eso último, no es que no confiara en su madre, pero había cosas que eran incómodas de contar.

—Bueno, cuéntame un poco de él, para conocerlo.

—Él estudia y trabaja, es muy independiente, un poco desconfiado, pero tiene la sonrisa más hermosa. Es responsable, gentil y muy inteligente. Le gusta el chocolate, los deportes y quiere ser cardiólogo, y estoy segura que lo logrará —dijo orgullosa y segura, se separó de su madre para ir a vigilar las galletas—. ¿Algo más que quieras saber?

Estela se quedó pensando por un momento hasta que decidió cuál sería la mejor opción. —¿Por qué no lo invitas a comer un día de estos?

—Estudia y trabaja, mamá. No tiene tiempo ni de descansar. Por las madrugadas, cuando sale del trabajo, hace su tarea. O en los descansos del trabajo.

—¿Sus papás permiten eso? —dijo horrorizada su madre. Sabía que muchos adolescentes tenían que trabajar para ayudar en la economía del hogar, pero en Estados Unidos existían muchas opciones que podían utilizar para que no fuera tan pesado.

—No tiene padres —dijo con una mueca.

—¿Cómo? —Estaba muy confundida—. ¿Sus padres viven en otro estado?

—No, mamá —explicó paciente—. Cuando él se vino de México, dejó a su mamá y hermanita porque la pequeña tenía cáncer y no tenían dinero. Entonces, él se escapó de su casa y se vino con los pocos ahorros que logró juntar para luego poder mandarles dinero a México. Pero un mes después de que llegó aquí, fallecieron en un accidente, así que quedó completamente solo. —Se le formó un nudo en la garganta al recordar la desgarradora historia de la vida de Leonardo. El pobre había sufrido mucho, y merecía ser

feliz.

Estela se quedó perpleja, no supo qué decir y sintió una empatía inmediata por aquel chico que había sufrido tanto a su corta edad. —¿Y con quién vive aquí?

—Renta un cuarto a una familia mexicana, al sur de Bronx. Ellas eran su única familia, quedó solo en el mundo.

—¿Qué edad tiene? —preguntó, sorprendida.

—Acaba de cumplir dieciséis.

—Pero...

—Nada de peros, mamá. No quiero escuchar que lo critiques, él está haciendo lo mejor que puede, lucha por sus sueños y no hace mal a nadie.

—Pero está ilegal en este país —le recordó preocupada su mamá.

—Te recuerdo, que tú un día también lo fuiste —se molestó Jennifer—, no podemos juzgar a alguien por tener un papel o no.

—Sabes que no soy de ese tipo de persona. Pero si quieres algo con él, debes saber que será difícil, no es americano ni tiene papeles. ¿Te has parado a pensar en qué pasaría si la policía lo detuviera?

—Todos somos americanos, no solo los que nacimos en este país —bufó, enojada.

—Invítalo a comer el día que descanse. —Trató de poner un poco de paz, antes de que las cosas se salieran de control.

—Con una condición.

Estela alzó una ceja. —¿Desde cuándo me pones condiciones?

—A la primera que lo hagas sentir incómodo, me voy con él.

La mujer rodó los ojos. Su hija solía ser tan dramática, pero no podía reclamarle nada, ella en su juventud fue igual. Se enfrentó a sus padres

cuando intentaron que se fijara en un chico de México y no en su esposo que era nativo de aquel país, pensaban que su familia los haría menos, pero la recibieron con los brazos abiertos. Y presentía que su hija había tomado una decisión como ella lo hizo en su momento.



Leonardo estaba sentado en la entrada de la escuela esperando a Jennifer, se le escapó un bostezo.

—¿Otra vez no dormiste? —escuchó la preocupada voz de Jenn, y se sonrojó. Ella tenía un extraño poder de encontrarlo siempre en situaciones bochornosas.

—Dormí dos horas —trató de tranquilizarla—. Tenía que estudiar, princesa.

La sonrisa que Jennifer le dio le recordó que valía la pena todos los sacrificios que estaba haciendo, un día ella sería su esposa y quería darle lo mejor, así que tendría que seguir luchando por eso.

—Se me olvida. —Buscó en su mochila y sacó un frasco con galletas y se lo entregó—. Las hice para ti.

—Me consientes demasiado. —Se levantó y la abrazó. Se fijaron que nadie los observara y se dieron un suave beso en los labios, caminaron tomados de la mano y se sentaron juntos como siempre.

—Por cierto, tengo una buena y una mala noticia. ¿Cuál prefieres primero?

—La mala —dijo sin dudar.

—Bueno, mi mamá quiere que vayas a comer a la casa. —Jennifer se preocupó al ver cómo su rostro palidecía—. No tienes de qué preocuparte, la buena era que le platiqué un poco de ti, y sé que no se opondrá a lo nuestro.

—¿Y tu papá?

—Él es la persona más buena que conozco, estoy segura que en cuanto te

conozca, te querrá tanto como yo.

—Eso espero —dijo un poco nervioso—. Esta semana me toca descansar mañana, ¿debo llevar algo?

—Nada. De hecho, podemos irnos entonces juntos de la escuela.

—¿Estás segura que es buena idea?

—¡Claro! Tarde o temprano se enterarían de lo nuestro y me alegra que te vayan a conocer.

—Pero, ¿si ellos piensan que no soy suficiente para ti? —Se avergonzó.

—Nunca vuelvas a decir eso —lo regañó—, te quiero y no hay nada que cambiaría de ti.

—¿Ni mi situación en este país?

—El pasar por todo lo que has tenido que vivir te convirtió en la persona que quiero, así que no. Ni eso cambiaría.

Se sonrieron, pero no pudieron seguir hablando porque el profesor entró en ese momento. Cuando por fin terminaron las clases, él la acompañó a que tomara su autobús mientras se ponían de acuerdo para mañana.

—No le diré a mis padres que mañana no tendremos Deportes y que saldremos tarde.

—¿Por qué? —le preguntó Leonardo, extrañado.

—Porque me gustaría salir con mi novio y pasear por ahí. —Se detuvo enfrente de él e hizo un pequeño mohín—. ¿Entonces, qué dices?

—Sabes que jamás te podría negar nada.

—Entonces, sí eso es cierto mañana invito yo.

—De eso nada.

—Pero...

—No, no me convencerás con nada, quiero invitarte.

Ella rodó los ojos y tuvo que aceptar, no le gustaba que gastara el dinero que estaba ahorrando en ella, así que irían a un lugar donde no gastaran tanto.

—De acuerdo, pero la próxima va por mi cuenta.

—Ya veremos.

Cuando llegaron a la parada, se despidieron con un prolongado beso y Leonardo esperó hasta que la perdió de vista para correr de vuelta unas cuadras a alcanzar el autobús que lo llevaría a su trabajo. Llegó al mismo tiempo que el transporte y en todo el camino fue sonriendo.



—Nunca he jugado boliche —dijo divertido, Leonardo, mientras llegaban al lugar que solía ir Jennifer con su familia. Ella había querido ir solo por un café, pero él se había negado y la llevó al lugar que sabía le encantaba ir. No le importaba gastar un poco de dinero para hacerla feliz.

—Yo te enseñaré —dijo, emocionada. Cuando llegaron, Nancy, la anfitriona devoró con la mirada a SU novio. Jennifer le frunció, sabía que Leo era muy atractivo, tenía unos hermosos ojos verdes y una sonrisa que hacía que cualquiera se derritiera, además que tenía un aire misterioso que toda chica quería descubrir. Nancy les indicó donde jugarían y les dijo que sería su mesera. Eso la molestó más porque sabía que no era mesera. Había venido muchas veces y jamás se movía de la entrada, por lo que en un impulso, besó los labios de Leonardo en frente de aquella mujer y sonrió satisfecha cuando vio que él no se había ni fijado en la anfitriona. Así que, le dijo cariñosa—: Amor, ¿quieres que pidamos algo de comer o nos esperamos hasta llegar a casa?

Sonrió satisfecha cuando Leo le pasó las manos por la cintura y le dijo—: Lo que tú quieras, princesa.

Solo pidieron un par de refrescos y la mujer se fue echando humo por las

orejas. Jennifer le enseñó a tirar, y pasaron un buen rato riendo divertidos cuando él no lograba derribar ni un pino, pero la mejor parte de aquella cita fue cuando se vieron a los ojos y sin decir palabra alguna, se prometieron que nada ni nadie los separaría. Eran muy jóvenes, era cierto, pero los dos sentían que eran almas gemelas, y esperarían para hacer las cosas bien.

Cuando se marcharon del boliche, Leonardo iba muy nervioso y se pasaba una y otra vez la mano por su cabello castaño.

—Tranquilo, cariño. De verdad que mis papás no son malas personas.

—Teniendo una hija como tú, no lo dudo. Pero sabes, de esta comida dependen muchas cosas para nuestro futuro.

—Pase lo que pase, siempre estaremos juntos.

Llegaron a la casa de Jennifer a las cuatro en punto, el carro de su padre ya estaba estacionado afuera. Los dos soltaron el aire que estaban reteniendo.

—Solo se tú. —Le guiñó el ojo antes de comenzar a abrir la puerta. Al otro lado estaban sus papás esperándolos—. Hola —dijo con una sonrisa, tratando de aguantar la risa que quería escapar de sus labios—sus papás jamás la habían recibido así en su casa.

—Buenas tardes, Sr. y Sra. Jackson. —Se estrecharon las manos educadamente. A la mamá de Jennifer no le sorprendió que su hija estuviera enamorada de Leonardo, era un chico muy apuesto y con una sonrisa muy cálida, además su sexto sentido de madre le dijo que era un buen muchacho y quería a su hija con sinceridad.

—Bienvenido a casa, es un gusto por fin conocerte. Jennifer nos ha contado mucho de ti —dijo amigable el padre de Jennifer.

—Gracias por invitarme, señora. Le traje un pequeño detalle, espero les guste. —Le entregó una caja de chocolates que sabía era su favorita gracias a Jennifer. Aunque ella se negó a que llevara algo, no podía llegar con las manos vacías, así que le terminó ayudando a escoger algo.

—Muchas gracias, son mis favoritos. No tenías por qué molestarte.

Leonardo le dio una sonrisa tímida, y la señora Jackson se dio cuenta que tras aquella fachada de chico fuerte, había un niño solitario que necesitaba alguien que confiara en él. Y estaba segura que su hija era esa persona. Volteó a ver a su hija y vio como ella se veía más serena y como si hubiera encontrado su destino en la vida. Definitivamente, Leonardo era aquella paz y serenidad que Jennifer necesitaba en su vida, como Mark era la suya desde el día que se conocieron. Le dio una significativa mirada a su esposo y él se la regresó, también se había dado cuenta de cuán parecida era su historia con la de su hija. Aunque en su caso, ella había sido la que llegó de México sin papeles y él era hijo de una respetada familia de la ciudad. Se habían enamorado en la escuela y lo demás fue cuestión del destino.

Durante aquel primer encuentro, los papás de Jennifer aceptaron enseguida a Leonardo al ver que era una buena persona, y le ofrecieron su ayuda y casa para cualquier cosa que necesitara.

De ese día ya habían pasado seis meses y durante ese tiempo se había ganado el cariño de los padres de Jennifer, lo trataban como a un hijo más. El señor Jackson solía llevarlo en sus días libres de pesca y le había enseñado a reparar autos; además, le consiguió un empleo en su empresa que era mejor pagado y con muchas menos horas, así podría dedicar más tiempo a la escuela y a descansar. Se había demorado en aceptar el trabajo, pues no quería que pensara que estaba con Jennifer solo porque era hija del dueño de una importante empresa, y cuando le comentó al señor Jackson su dilema, él rio divertido y le dijo que jamás pensaría eso de él, así que hoy sería su último día en el restaurante. La señora Jackson le mandaba todos los días comida y lo cuidaba como a un hijo. Además, se habían puesto en contacto con un abogado para ayudarlo a conseguir legalizar su estancia en el país.

Su relación con Jennifer era cada vez más formal y sólida. Aún recordaba como hace tres meses juntos habían perdido la virginidad, y fue un momento mágico que siempre atesoraría con él. No sabía qué había hecho para merecer un ángel como ella en su vida. Habían descubierto muchas cosas juntos y lo seguían haciendo, cada día era un nuevo aprendizaje, una nueva forma de amarse, de comunicarse y se apoyaban mutuamente a conseguir lo que más deseaban. Ella le había enseñado con amor y paciencia a que se valorara y que no sintiera que valía menos, aunque aún tenía que luchar contra algunos prejuicios que tenían algunas personas.

Muchos los veían de forma extraña cuando decían que se casarían y se daban cuenta cuán unidos estaban, y que no bromeaban sobre casarse. Sabía que eran muy jóvenes, pero no hay edad para encontrar a tu verdadero amor. Puede llegarte a los quince, veinte, treinta o cincuenta.

—Leonardo —le gritó asustado el gerente del restaurante—. Corre por la puerta trasera, hay una redada. ¡Corre! —le ordenó. Apreciaba al chico, era trabajador y siempre estaba dispuesto a ayudar, no quería que lo detuviera y deportaran.

Leonardo salió corriendo sin quitarse el delantal con el logotipo del restaurante. Pero al abrir la puerta, se dio cuenta que había más oficiales de la Policía de Inmigración y Control de Aduanas que enseguida lo vieron y fueron en su encuentro. Leonardo cerró los ojos, derrotado y con miedo de que este fuera el final de aquel sueño que comenzó en el tren conocido como la ruta del diablo. A su mente solo se le venía el rostro de Jennifer una y otra vez.

—¿Qué edad tienes, chico? —le preguntó tranquilo un oficial.

—Dieciséis años, señor.

—¿Tienes permiso de tus papás para trabajar?

—Soy huérfano, señor —Bajó la mirada, esperando la siguiente pregunta que sabía marcaría su destino.

—¿Tienes papeles? —Había cierta empatía en la voz del oficial.

—No, señor.

—Lo siento, pero vamos a llevarte a un centro de detención, Leonardo —dijo, leyendo el nombre en su mandil.

Leonardo entró por su cuenta a la patrulla y le preguntó al oficial si podía hacer una llamada, él ofreció su celular una vez que estuvieron en camino.

—Siento que estés pasando por esto, Leonardo. Tengo un hijo de tu edad, y si él estuviera en tu lugar, me gustaría que alguien le tendiera una mano y fuera

amable con él —le dijo el oficial, viéndolo por el retrovisor.

—Gracias —murmuró, mientras marcaba al teléfono de Jennifer.

Jennifer escuchó el sonido de su celular y con los ojos entrecerrados, miró el reloj. Era la una de la mañana. ¿Quién le marcaría a esa hora? ¡Leonardo! Asustada, se levantó corriendo a contestar. —Hola.

—Jennifer, soy yo. —Escuchó la voz de Leonardo al otro lado, y su tono de voz le indicó que algo no iba a bien. Sintió como todo el mundo se detenía.

—¿Qué pasó, bebé? ¿Estás bien? —preguntó, asustada.

—Sí, sí, estoy bien. Es solo que... —Respiró profundamente y continuó hablando—, hubo una redada en el trabajo y me llevan a un centro de detención.

Jennifer chilló asustada y comenzó a llorar desconsoladamente. Sin dudar, corrió a la habitación de sus padres y los despertó a gritos.

—Te vamos a sacar de ahí, bebe. Te lo juro —le dijo Jennifer antes que su papá le quitara el teléfono y comenzara a hablar con Leonardo.

Jennifer corrió a los brazos de su madre y lloró. Estela trató de consolarla, pero ella también lloraba terriblemente preocupada por él. Cuando el señor Jackson colgó, marcó al abogado enseguida mientras se vestía y le explicaba lo que sabía que había pasado.

—Mamá, ¿qué va a pasar con Leonardo? No se lo pueden llevar, no hizo nada malo. —Le temblaban los hombros a causa del llanto.

—Tranquila, hija. Tenemos que encontrar una solución.

—Si se lo llevan de aquí, me iré a México con él. Y lo digo en serio, madre.

—No pensemos en eso ahora.

—Es en lo único que puedo pensar. Donde este él, yo estaré.

Con eso, salió del cuarto de sus padres, dejándolos sorprendidos.



Llevaba una semana sin ver a Leonardo, y aquellos días se le hicieron eternos. Sus padres la habían apoyado y estaban en Texas con ella para visitar a Leonardo en el albergue al que lo enviaron. El abogado de la familia iba con ellos. Era uno de los mejores del país, así que todos confiaban en que podrían sacarlo de ahí.

En cuanto Leonardo entró al cuarto, Jennifer se levantó corriendo y se arrojó a sus brazos. Ambos lloraron y se abrazaron con fuerza, como si nunca nada los fuera a separar. A los padres de Jennifer se les llenaron de lágrimas los ojos, si alguien los hubiera querido separar de aquella forma, estarían igual.

—¿Cómo estás, bebé? ¿Te están tratando bien? ¿Te dan de comer? ¿Qué haces aquí? ¿Es seguro? ¿Recibiste mis mensajes a través del abogado? ¿Por qué no me respondiste ninguno? ¿Hay mujeres aquí? —terminó fingiendo enfado, para hacerlo sonreír.

—Una por una, princesa. Y para que estés tranquila es para puros hombres, solo somos cinco chicos, contando conmigo. Me tratan bien, como bastante bien, esta semana me mandaron a la escuela aquí. ¿Me faltó contestar algo?

—Mucho, pero por el momento me conformo con eso.

El abogado se aclaró la garganta y fue directo al grano.

—Siento interrumpir, pero tengo que hablar contigo, Leonardo.

Todos se sentaron alrededor de una pequeña mesa que había en la sala, Jennifer y Leonardo nunca soltando sus manos.

—Cuéntame toda tu historia con detalles, hasta los que pienses que son insignificantes. Todo puede ayudarnos.

Leonardo se tensó. Era difícil contarle a sus suegros y un desconocido aquello que había callado durante tanto tiempo, pero el apretón de manos que le dio Jennifer le recordó que no estaba solo, que tenía que luchar por los dos.

—Cuando tenía doce años, los miembros de una pandilla de mi colonia se acercaron a mí para que me uniera ellos. Les dije que solo quería estudiar, que no me interesaba pertenecer a ninguna pandilla. Se comenzaron a reír y me dijeron que no era opcional, que entraría con ellos y que solo me darían tres avisos de lo contrario, mi madre tendría que ir a recogerme a una fosa común. Los ignoré lo más que pude, pero cada vez me molestaban más. En una ocasión me golpearon saliendo de la escuela. Le conté todo a mi mamá, y estaba pensando en mudarnos, pero no teníamos dinero. Comencé a trabajar en una tienda que estaba a la vuelta de mi casa para ayudar siquiera con unos pesos, pero los de la pandilla fueron y asaltaron el lugar y casi matan a golpes al dueño. Y ahí fue cuando me dieron el dichoso tercer aviso de que era hora de unirme a ellos. Y para iniciarme debía asesinar a alguien.

Mi madre había estado ahorrando para poder pagar un coyote y que me llevaran a Estados Unidos para alejarme de todo esto. Pero justo unos días antes de pagar, le informaron que tenía cáncer. La convencí que tomara ese dinero para su tratamiento, y dos días después de eso, sin pensarlo tomé lo poco que junté de trabajos que hacía cargando bolsas o lavando carros, dejé una nota en casa y me fui para llegar al otro lado y así, poder trabajar para ayudar a mi mamá. Tomé la ruta del Diablo, que es un tren que te lleva del Estado de México y pasa por Guadalajara, Sonora, Baja California o Coahuila. Es menos violenta que la famosa Bestia. En Guadalajara conocí a unas personas que iban a Estados Unidos también, así que me uní a ellos para no sentirme tan solo. Todos preguntaban por mi familia, y les dije que no tenía, que mi mamá se había ido cuando yo era un bebé a aquel país y nunca había sabido qué fue de ella, que solo tenía una abuela y que era por ella por quién me iba en busca del sueño americano.

—¿Por qué contaste aquella historia? —interrumpió el abogado.

—Había escuchado historias sobre grupos criminales que te secuestran, roban y extorsionan. Así que decidí que si algo me pasaba, no les causaría más penas a ellas, las protegería aunque muriera.

Jennifer tuvo que respirar profundo para detener las lágrimas que querían escapar de sus ojos, mientras que el señor y señora Jackson no encontraban palabras para expresar la pena que sentían.

—En ocasiones, tuve que esperar una o dos semanas para que saliera el tren y dormíamos debajo de este, en las vías. Cuando escuchábamos el sonido de la locomotora, todos corríamos a las escaleras para agarrar un buen lugar en el techo. Podíamos estar ahí esperando incluso hasta diez horas para que se moviera el tren, y no nos movíamos de nuestro lugar para evitar que alguien nos lo quitara. Eran viajes de hasta ocho horas, sin parar.

—¿Qué comías o dónde dormías durante esas horas? —El abogado se arrepintió de hacer aquellas preguntas, pero su curiosidad le había ganado. Era una historia terrible.

—Duermes en el techo como puedes, con el viento, lluvia o sol, con el estómago vacío, pero siempre pendiente porque una sacudida puede hacer que acabes muerto. Pase dos o tres días antes de que pudiera ingerir algún alimento. Hay Centros para Migrantes en Tránsito que ayudan con comida, te dan un lugar para dormir un rato, descansar, darse un baño e incluso ropa y kits de limpieza. También hay buena gente en la calle en casi todos los estados que se ofrecen a darte un plato de comida. Con las personas que me junté, seguimos juntos todo el trayecto. Hay mujeres con bebés recién nacidos, o con dos o tres hijos, que viajan solas, adultos mayores, de todo tipo de gente, que solo busca una oportunidad para salir adelante. Hubo momentos en los que sentía que jamás llegaría, pero siempre el recuerdo de mi hermana y madre me motivaba, y dejaba a un lado el dolor, sufrimiento y miedo atrás.

Jennifer se secó discretamente una lágrima y recargó su cabeza en el hombro de su novio, no quería que él la viera llorar.

—Cuando llegamos a Piedras Negras, Coahuila, uno de los que creía mi amigo de viaje, nos vendió a un grupo de criminales de la frontera como si fuéramos un juguete. A todos le exigieron datos de su familia para exigirles dinero y dejarlos libres, pero como yo siempre dije que no tenía familia a la que pudieran pedir, me torturaron y amenazaron por días. Me llevaron a una casa de seguridad alejada, donde había varias personas en mi misma situación, y conforme unas se iban, otras llegaban.

—¿Cuánto tiempo te tuvieron secuestrado? —preguntó el abogado, haciendo unas anotaciones en su libreta.

—Tres meses. Un día estaba una sola persona cuidándonos y se acercaron unas patrullas que estaban buscando un delincuente. Se hizo un alboroto que aproveché para escaparme. No tenía nada de dinero, así que dormía en una casa abandonada que estaba llena de gente drogadicta o sin hogar. Para comer, tuve que ir a restaurantes y me fijaba... —se calló un momento, y besó la frente de su novia, no le gustaba admitir todo aquello en frente de ella —... en los botes de basura, buscando sobras.

El abogado dejó escapar una maldición y se prometió que conseguiría ganar aquel caso, costara lo que costara.

—Después de dos semanas en las calles, sabía que no podía seguir en esa ciudad, así que me quedé a la orilla del Río Bravo. No sabía nadar, pero eso no me detendría. Así que traté de aprender los horarios las patrullas fronterizas, y una noche en un cambio de turno, por fin crucé la frontera. Llegué haciendo autostop hasta Nueva York. La familia que me dio el último aventón, me ofreció a rentar un cuarto en su casa y conseguirme un empleo, también me ayudaron a inscribirme en la escuela.

—¿Ustedes fueron los que le ayudaron? —preguntó el abogado a los padres de Jennifer.

—No. Nosotros lo conocimos por mí hija —contestó Mark, mientras consolaba a su mujer que estaba devastada por la historia que Leonardo les acababa de contar. No entendía cómo alguien que había pasado por tanto podía seguir conservando aquella forma de ser.

—A ella la conocí en la escuela —sonrió, Leonardo y apretó la mano de Jennifer, recordando todo su tiempo juntos.

—Vale. Cuéntame un poco de tu vida en Estados Unidos.

—Una ventaja que tuve era que sabía inglés, y no me costó adaptarme en ese sentido. El primer mes pude enviarle dinero a ellas, pero después recibí la noticia de que habían fallecido, y fue muy difícil seguir adelante. Fue cuando conocí a Jennifer. Ella fue la persona que no dejó que me rindiera. Entre el trabajo y la escuela dormía tres horas, o había días que ni eso podía descansar.

—¿Qué hiciste con el dinero que ganabas?

—Una parte la ahorré, otra iba para la renta del cuarto.

—¿Cuánto pagabas de renta?

—Quinientos dólares mensuales.

—¿Eras el único que estudiaba y trabajaba?

—No, tenía amigos que también lo hacían. Aunque cada uno tiene su propia historia y razones para luchar para salir adelante. No es una vida fácil, es muy difícil, cansador y siempre tienes sueño.

—¿En qué trabajabas? ¿Qué horarios tenías? —El abogado anotaba todos los datos que Leonardo le daba, tenía que recolectar la mayor cantidad posible de información.

—Estudiaba de ocho de la mañana a tres de la tarde, y era lavaplatos de cinco de la tarde a dos de la mañana. Aprovechaba mi descanso en el trabajo para hacer las tareas, pero cuando tenía mucha todavía llegaba en la madrugada para terminarla.

Siguió relatando todos los detalles de su vida durante aquellos años hasta que fue la redada en el trabajo y lo llevaron por una semana a un centro de detención, y luego a un albergue en Texas que era una casa para niños y jóvenes que cruzaron la frontera solos como él. Ahí lo llevaban a la escuela, podía recibir visitas y hacían excursiones.

—Estoy seguro que, en unos días te dejarán salir del albergue y le darán tu custodia a la señora Estela. Además, es muy probable que acepten darte asilo como víctima de secuestro y tortura, y más aun si tomamos las amenazas que tienes en tu contra si vuelves a tu antiguo hogar.



Quince años después

Leonardo entró a casa después de una tarde agotadora en su consultorio. Escuchó la risa de un niño en el jardín de atrás.

—¿Hoy no hay un beso para mí? —dijo al ver a su pequeño hijo con su hermosa esposa jugando en el arenero.

—¡Papi! —balbuceó el niño de cuatro años y abrió sus brazos para que lo cargara. Leonardo se agachó y dio un beso en los labios a su mujer, antes de tomar a su hijo en brazos.

—¿Cómo estás, princesa? —Ayudó a que su esposa se levantara y le pasó posesivamente una mano por la cintura.

—Feliz —dijo, señalando su abultado vientre—. Hoy nuestra pequeña no para de patearme.

—Me recuerda a su madre, que suele clavarme los tobillos en la espalda por las noches —dijo traviesamente, haciendo que su esposa se sonrojara y negara con la cabeza.

—Compórtate, Leonardo.

—Contigo a mi lado, es muy difícil.

Entraron a la casa y fueron directo a la sala, donde dejaron a su hijo en la alfombra para que jugara con algunos juguetes que tenía ahí.

—Mis padres llamaron está mañana. Quieren ver si iremos esta noche a cenar para celebrar que hoy hace trece años ganamos.

—¿Qué ganamos, mami? —preguntó la voz infantil de su hijo.

—Que papi pudiera vivir en este país.

—Ahhh —contestó, como si entendiera lo que le estaban explicando.

—Por cierto, hoy pase a comprar unas cosas. —Se levantó del sillón y fue a la entrada de la casa donde dejó su portafolio y sacó el viaje que había organizado con ayuda de una agencia de viajes—. ¿Qué te parecería festejar nuestro sexto aniversario en Cancún?

Su esposa lo besó y sonrió contra sus labios. Hace seis años se habían casado en esa playa paradisíaca de México. No podía pedir nada más a la vida. Su familia era feliz, y con ayuda de su esposo estaba escribiendo una novela basada en la vida de él. Tuvo que convencerlo durante años para que dejara que plasmara sus memorias. No podía estar más orgullosa de su esposo, pues había logrado convertirse en uno de los mejores cardiólogos del país, además de un activista que ayudaba y apoyaba a las personas que venían a este país a buscar un futuro prometedor, luchaba para que la gente los viera como lo que eran: seres humanos que huían de un país donde la violencia y pobreza no les dejaba otra alternativa más que arriesgar su vida e integridad, para ir a un país totalmente desconocido, para trabajar y estudiar día y noche sin parar.

FIN

Más que mi jefe

Esmeralda estaba nerviosa esperando la entrevista que podría cambiar su futuro. Había quince mujeres, además de ella. La recepción era impresionante, toda cubierta de mármol y pequeños detalles que gritaban lujo y dinero. Se reprendió por ir vestida con un sencillo y formal vestido color crema y el cabello recogido en un moño que le hacía verse más grande, pero llevar suelto su largo cabello chino no le había parecido la mejor opción. Y como siempre pasaba, las inseguridades la bombardeaban. Era como si estuviera escuchando a su hermana que solía molestarla llamándola anticuada y vieja, que parecía una mujer de cuarenta años en lugar de los veintitrés que tenía. Sabía que no lo decía por hacerla sentir mal, pero eso la destrozaba. Nerviosa, miró alrededor, y se dio cuenta que las demás candidatas parecían sacadas de una revista de moda. Iban con vestidos pegados y escotados, eran mujeres altas, rubias, pelirrojas, morenas, pero todas tenían algo en común: eran atractivas. Algo dentro de ella se rompió de nuevo, parecía que el día no podía empeorar. Esmeralda tenía el impulso de dejar todo aquello y salir

corriendo, se sentía fuera de lugar y la patito feo, como siempre. Suspiró con pesar.

Se sentó en el primer lugar que encontró libre. Apenas eran las tres de la tarde y ya era el peor día de su vida. Se enfocó en aparentar tranquilidad y seguridad, tenía que olvidar todo lo demás. Ser la asistente personal del magnate griego Leander Doskas era lo que necesitaba. Si no conseguía aquel puesto, no sabía que sería de ella. Terminando la entrevista tendría que ir a recoger sus cosas en la que hasta hace unas horas había sido su hogar por tres años. Cerró los ojos tratando de aguantar las lágrimas, y se maldijo por ser tan ingenua y haber creído todo lo que Diego le decía.

¿A dónde dormiría? Se preguntó angustiada, mientras una lágrima escapaba de sus ojos negros. Nadie la estaba viendo, así que se la secó sin llamar la atención. Cuando se había ido a vivir a Ciudad de México con su novio nunca pensó que terminaría sin casa, sin novio y sin un peso. El muy canalla siempre la había convencido para que le pagara algún curso de actuación y la renta de la casa en la Condesa, mientras él seguía su sueño de ser actor. Se había acabado sus ahorros y no tenía a quién pedir ayuda.

No regresaría por nada a su pueblo, donde todo mundo le preguntaría por Diego. ¿Y qué les diría? ¿Que lo acababa de encontrar en la cama con una rubia que se suponía era su agente, que estaban haciendo el amor en su cama, aquel lugar donde Diego le había pedido matrimonio con un anillo barato, pero para ella había tenido un valor incalculable, que el miserable la había estado engañado por meses sin que ella sospechara nada?

No podía creer que el imbécil se hubiera atrevido a decirle que no era lo que ella pensaba. Y cuando vio que con esa excusa no podría convencerla todavía la había culpado, diciendo que no se arreglaba y sentía que vivía con su mamá en lugar de su novia. Podría haberlo corrido del departamento y quedarse ella, pero prefería comenzar de cero y no tener nada que ver con ese lugar. Esperaba que se hubiera ido y tuviera la decencia de no aparecer cuando ella estuviera ahí.

Había dejado atrás sus sueños para apoyarlo. Negó con la cabeza, decepcionada de sí misma, al entender lo que había hecho. Diego había sabido reconocer la necesidad de cariño y de formar una familia, y se

aprovechó de eso para utilizarla a su antojo. Sin embargo, se prometió que a partir de ese día nadie volvería a pasar por encima de ella ni se dejaría usar por nadie.

Bajó la mirada y al ver el anillo todavía en su dedo, le dieron ganas de vomitar. Con torpeza, se lo quitó y lo tiró en el bote de basura que estaba a su lado. Con eso cerraba aquella oscura etapa de su vida. No había vuelta atrás.

—Señorita Esmeralda Venegas —llamó la mujer de recepción que la había atendido. De inmediato se levantó, nerviosa—. Es su turno. —Por primera vez en el día, vio una sonrisa en los labios de la mujer—. Tranquila, conozco la fama de ogro que tiene el señor Doskas, pero no es mala persona.

Esmeralda tomó una bocana de aire y trató de relajarse, aunque sentía cada músculo de su cuerpo tenso. Su futuro dependía de esta entrevista, así que daría lo mejor de sí misma. Siguió a la mujer con pasos firmes. Algunas de las mujeres voltearon a verla con burla en los ojos, como si valiera menos. Alzó la barbilla en alto y sonrió.

Cuando entró al despacho de Leander Doskas se quedó impresionada y no por los caros cuadros que adornaban la oficina o los elegantes e impresionantes muebles, sino por el millonario griego. Él dejaría en blanco a cualquier actor o modelo. Era impresionante, y guapísimo. Alto, moreno, nariz recta, la mandíbula marcada, cejas oscuras, labios sensuales y penetrantes ojos verdes que te hacían querer bajar la mirada porque parecía que podía ver a través de ti, reflejaban autoridad y seguridad. Lo que más la impresionó fue ver la sorpresa con que la veía. Tenía el cabello negro, un cuerpo esbelto, pero con músculos. Llevaba la camisa con las mangas arriba y desabrochados los primeros botones, el cabello un poco revuelto, y se veía irritado y cansado.

—Estaba a punto de cancelar las entrevistas —dijo con voz irritada, apartando la mirada de la pequeña mujer que se escondía detrás de Macy. Estaba cansado de aquellas mujeres. No podía negar que una o dos de las candidatas estaban bien preparadas, pero no quería que se la pasaran coqueteando con él. Las quería enfocadas en el trabajo—. ¿Quién realizó el filtro?

—Las seleccionó una agencia de trabajo.

—Consigue otra, esa no funciona.

Esmeralda abrió los ojos, sorprendida, y tragó nerviosamente. Ahora entendía por qué todo el mundo le temía. No admitía errores.

Macy y Leander siguieron hablando, olvidando que ella estaba ahí esperando para su entrevista. Con exasperación, rodó los ojos y un pequeño bufido escapó de sus labios. Se sonrojó cuando los dos voltearon a verla. Tuvo que luchar contra la urgencia de alzar una mano para taparse la boca.

—Lo siento, Señorita —leyó su nombre en el gafete que le dieron en la entrada— Esmeralda, pero no creo...

Sin pensarlo dos veces, un poco alterada lo interrumpió—: No puede hablar en serio. He estado esperando por más de tres horas para que me hagan la entrevista, y solo porque la agencia parece que se equivocó y en lugar de enviar candidatas para ser su asistente, le envió mujeres para una pasarela de moda, puede cancelar la entrevista. Es completamente injusto. —Sin darse cuenta, se acercó a él y lo señaló con el dedo como si se tratara de un niño que estuviera recibiendo un regaño por alguna travesura que hizo, y estaba tan concentrada en su discurso que no se fijó en las miradas divertidas de Leander y Macy—. Pero así son todos los hombres, ¿verdad? Solo toman lo que quieren y cuando ya no les sirves, se deshacen de ti como si no fueras más que un objeto.

Esmeralda trató de calmarse al darse cuenta que había hablado de más y comenzó a balbucear—: Perdón, no era mi intención armar este drama, solo que hoy no ha sido mi día. Y ahora tendré que buscar dónde pasar la noche con tan solo doscientos pesos... —cerró la boca de golpe y con una rápida disculpa salió corriendo de aquella oficina con los ojos llenos de lágrimas.

Una mano la detuvo antes de que pudiera abandonar el edificio. Sintió una descarga que le recorrió el cuerpo y se apartó de golpe, alzó la vista y se encontró con la mirada de Leander.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó y parecía realmente preocupado.

—Disculpe, no sé qué me pasó allá.

—Todos tenemos malos días. —Le sonrió, pero en sus ojos se leía tristeza. Algo tendría que haberle pasado para tener esa mirada, Esmeralda quería preguntarle qué lo había marcado, pero sabía que no era algo en lo que tenía que meterse.

—Vamos a la oficina —ordenó y la tomó del brazo, sin esperar respuesta. Las mujeres en la recepción los veían con curiosidad, pero él las ignoró.

Macy aún estaba en la oficina cuando regresaron.

—Por favor, déjanos solos. Y agradece a la agencia, ya encontré a mi asistente.

Esmeralda abrió los ojos, sorprendida.

—¿Me está contratando?

—Contra mi mejor juicio, eso parece —dijo serio. Había algo en ella que le recordaba a su hermana, se veía demasiado frágil y parecía que estaba a punto de caer rendida, no podía dejarla ir en ese estado.

—Muchas gracias, prometo ser la mejor asistente, y no repetir la escena que monté hace rato. Además, podré hacer horas extras sin problemas y le facilitaré el trabajo lo más que pueda.

—¿Siempre eres así? —trató de ocultar la sonrisa, pero era imposible.

—¿Así cómo? —titubeó.

—Que no paras de hablar. —Su cara cambió y volvió a ser el hombre de negocios—. Te advierto que me gustan las cosas puntuales y perfectas.

—Así será, señor Doskas.

—Dime Leander y háblame de tú, trabajaremos juntos codo a codo, así que están de más las formalidades.

Esmeralda asintió con la cabeza.

—Viajarás conmigo frecuentemente, ¿eso te causa problemas?

—En absoluto, tengo todos mis papeles en orden.

—Otra cosa, este trabajo es temporal. Solo estaré en la ciudad siete meses, o quizá ocho en lo que termino este proyecto y regresaré a Grecia. Si tu trabajo es bueno, te colocaré en la empresa. ¿Estás de acuerdo?

—¡Claro!

—Cuando salgas de aquí, ve con Macy. Tendrá tu contrato listo, y te dará instrucciones. Ella se quedará aquí una semana, para ponerte al día —hizo una pausa, meditando si debía preguntar o dejarla marchar. Su consciencia no lo dejaría en paz si no la ayudaba—. Hay una cosa que me gustaría proponerte. Mencionaste que no tenías donde quedarte...

—No se preocupe... —dijo rápidamente, pero se calló al ver que no estaba acostumbrado a que lo interrumpieran, y parecía irritado.

—Serás mi asistente personal y prácticamente trabajaremos juntos todo el día. La suite donde me estoy quedando tiene dos habitaciones, así que me parece que lo mejor sería que te quedaras ahí mientras seas mi asistente. ¿Qué te parece?

—Pero no creo que sea correcto, no quiero causarte molestias.

—Dijiste que harías mi trabajo lo más ligero posible, y así me lo facilitarás. El hotel tiene excelente ubicación está sobre Paseo de la Reforma. Tus días libres los respetaré. Y eso soluciona tus problemas, lo que hará que estés concentrada en el trabajo solamente.

—Es una oferta muy generosa y me encantaría aceptarla. Pero no crees que a tu esposa le pueda enojar. —Había notado la sortija que llevaba. Su rostro se crispó y se arrepintió haber abierto la boca. Era una oferta demasiado buena para rechazarla, ahorraría todos esos meses el hospedaje y quizá podría comprar un departamento pequeño en una zona accesible.

—Eso es asunto mío, y nuestra relación será solo laboral.

—Perdón, no quería meterme donde no me llaman. —Se sonrojó. Se puso de

pie, sin saber qué más hacer—. Muchas gracias por la oferta, estaré feliz de ser tu compañera de cuarto —no sabía por qué eso lo ponía nerviosa—. Si quieres, puedo comenzar ahora mismo con la capacitación con Macy, y cuando salga voy por mis cosas para mudarme.

—Yo te llevaré, a las ocho nos vamos.

—Gracias. —Sabía que no podía negarse a la oferta. Aunque no le gustara, no tenía dinero para pagar dos taxis con sus cosas.

La tarde pasó rápidamente mientras Macy le enseñaba todo lo que tenía que saber. Rápidamente agarro el ritmo y pudo comenzar a realizar algunas cosas sin su ayuda.

—¿Ya habías trabajado antes de asistente? —preguntó curiosa Macy, al ver la eficiencia de Esmeralda a pesar de su corta edad.

—La verdad es que no —titubeó—, era recepcionista en un museo y en ocasiones me tocaba dar recorridos especiales a algunos grupos

—Suenan muy interesantes, debo confesar que me encanta ir a museos.

—A mí también. Sobre todo aquellos que nos muestran un poco de nuestra historia. Podría pasar semanas recorriendo museos sin aburrirme —dijo con un brillo en los ojos.

—Si no quieres contestar eres libre de hacerlo, pero veo que te gustaba tu trabajo ¿por qué lo dejaste?

Se mordió el labio, decidiendo si debía confiar en aquella mujer. Hace tanto que no tenía con quien platicar sin miedo a ser juzgada, que se abrió sin percatarse del hombre que estaba en el marco de la puerta.

—Mi exnovio quería ser actor, y tenía que ayudarlo a pagar los cursos a los que se metía, porque él no conseguía empleo y dedicaba todo su tiempo a relacionarse con las personas adecuadas —rodó los ojos, dándose cuenta que seguro esas eran mentiras y solo estaba con su amante—, o haciendo algunos castings. Y además, yo sola pagaba la renta, luz, agua y demás gastos, y en el museo no me pagaban lo suficiente para cubrir todo eso, así que tuve que tomar un segundo empleo de mesera en las noches, pero era muy cansado y

como ganaba más con las propinas, tuve que renunciar al museo.

—¡Lo siento mucho, querida! —dijo afligida Macy al ver el dolor en sus ojos.

—Lo bueno es que ese capítulo de mi vida ya se cerró. —Sonrió débilmente.

—¿Hace cuánto?

Esmeralda cerró los ojos recordando la escena de esta mañana. —Hace unas horas, unas horas antes de la entrevista. Yo...

—No tienes por qué contarme si no quieres, cuando estés lista ya me dirás — se apresuró a decirle Macy.

Leander sabía que no debería estar escuchando aquella conversación, pero el ver a su asistente tan frágil y perdida, aún más que en su oficina, le daban ganas de protegerla y tenía que saber quién le había hecho daño. Nunca antes se había interesado en la vida personal de sus empleados, pero había algo en ella que hacía que no pudiera sacársela de la cabeza. No era el tipo de mujer que solía atraerle, pero tenía una belleza natural que no podía quitar de sus pensamientos. Toda la tarde recordó como lo había visto, como un pequeño venado frente a los faros de un carro. La dulce voz de Esmeralda lo sacó de sus pensamientos.

—Él... Diego —se corrigió—. Yo había salido temprano, le dije que iría a una entrevista y que regresaría tarde, pero cuando venía en camino, recordé que había olvidado en la mesa la carpeta con mis documentos. Entonces, regresé a casa, y cuando abrí la puerta sentía que había algo extraño, pero no hice caso y sin hacer ruido, porque me dijo que dormiría otro rato, agarré los documentos. Y ya me iba a ir cuando escuché como en el cuarto se caía la lámpara que teníamos. Asustada porque le hubiera pasado algo, corrí a la recámara para ayudarlo, pero al entrar, la sorprendida fui yo —se quedó callada por un momento, dejando que las lágrimas se escaparan de sus ojos—. Él estaba con la que según era su agente, en nuestra cama.

—Oh, pobrecita. —Macy se acercó a ella y la abrazó, dejando que llorara sobre su hombro, como seguramente lo habría hecho su madre.

—Y es por eso que me alteré en la entrevista. ¿Crees que el Sr. Doskas vaya a correrme? Tengo miedo que solo me haya dado el trabajo por lástima y mañana que lo piense mejor, se dé cuenta de lo que hizo y me corra.

—Tranquila. Leander podrá tener carácter muy fuerte, pero es un hombre con un buen corazón. Él también tiene heridas que le dejaron grandes cicatrices. Recuerda que todos cargamos con nuestras propias cicatrices. No lo juzgues por lo que dicen, aprende a conocerlo y verás que es un maravilloso jefe y amigo.

Leander cerró la puerta de la oficina sin que se dieran cuenta y fue a su despacho, tratando de olvidar las heridas que Macy mencionó. Ya habían pasado años y aún le dolía, no como aquellos meses en los que pensaba que jamás podría superar ese dolor y se encerraba a emborracharse queriendo morir, ahora era un dolor que hacía un nudo en su garganta, que dolía como un puñal clavándose en su pecho, pero sabía que viviría y mañana sería quizá un mejor día. Era mentira que el tiempo borra las heridas. Aprendes a vivir con ellas y te haces más fuerte, pero ellas siempre se quedan contigo. Pero algo había comenzado a crecer en su interior desde aquella tarde, quizá era hora de disfrutar un poco de la vida.

Macy y Esmeralda siguieron hablando mientras trabajaban. Habían hecho una amistad, que sabían seguiría a pesar de las distancias. Macy había adoptado a Mery como su hija. Le llamaba de esa forma porque se le hacía más apropiado para el carácter dulce de la chica. Además, entre las cosas que le había confesado, Diego solía llamarla Esmeralda, así que quizá un cambio le venía bien.

—¿Interrumpo algo? —dijo Leander, tocando la puerta. Las dos mujeres alzaron la cabeza y negaron—. Espero que hayan terminado por hoy, porque vamos a salir.

—En unos minutos estaremos listas. —Sonrió Macy—. Mery, pásame por favor el último expediente de aquel cajón.

—¿Mery? —dijo, saboreando el sonido en sus labios.

—Así le puse. Creo le viene mejor que Esmeralda.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo viéndola con intensidad y disfrutando extrañamente del sonrojo que se extendió por sus mejillas.

—¿A dónde iremos? —preguntó, nerviosa—. No sé si traigo ropa adecuada. —Sabía que su jefe solía ir a cenas de negocios y como su asistente, tenía que ir con él. Pero no creía que llevara la ropa adecuada.

—No te preocupes por eso. Las veo abajo en diez minutos.

Esmeralda volteó a ver a Macy. —Cuando dice algo, espera que todos sigamos sus instrucciones sin replicar, ¿cierto? —dijo divertida.

—Algo así, pero algo me dice que ustedes harán un buen equipo. No dejes que se salga siempre con la suya.

—Eso haré —prometió.



Leander ya estaba en el vestíbulo cuando se reunieron con él. Esmeralda no entendía por qué sentía aquel inquietante cosquilleo en el estómago cada vez que lo veía. Era un hombre sumamente atractivo, pero solía convivir todos los días con hombres guapos. Trató de apartar la mirada de su rostro, pero no pudo. Él la veía con tal intensidad que sentía estaba viendo su alma, el cuello se le erizó y caminó sin vacilar hacia él.

Macy asombrada por la escena que se estaba desarrollando frente a sus ojos, se quedó parada viendo como aquellas dos almas heridas encontraban el lugar donde pertenecían. Por la plática que tuvo con la chica, sabía que Leander tendría un largo camino que recorrer, pero le daría una pequeña ayuda. Se acercó a ellos, decidida a dejar que se conocieran, sin ella de por medio.

—Chicos —fingió pena—, no podré ir con ustedes. No recordaba que hoy tenía una cita.

—¿Cita? —intervino Leander. Para él, Macy era como una segunda madre. Había sido secretaria de su padre y ahora su asistente.

—Es solo un amigo que está de vacaciones en México e iremos a cenar.

—Si quieres, podemos ir con ustedes —sugirió Leander, dispuesto a ir con ella para conocer a ese *amigo*. Se alegraba que por fin, después de diez años de que muriera Dimitri, se diera una nueva oportunidad. Siempre que hablaban del tema, ella solía decirle que un día entendería que cuando encuentras a tu alma gemela, ya no había nadie más para ti.

Soltó una risa divertida. —Hace mucho dejé de necesitar chaperón. Ahora ustedes vayan a cenar y diviértanse. —Sin esperar respuesta, se despidió de los dos, dejándolos en un incómodo silencio.

—No te preocupes por mí, puedo tomar un taxi y...

—En tu solicitud deberías haber agregado terca, a una de tus cualidades.

—Al menos tenemos algo en común. —Se vieron de nuevo a los ojos y se sonrieron.

La electricidad que habían sentido hace un momento comenzó a crecer nuevamente, por lo que Esmeralda trató de apartarse, pero él la tomó de los hombros.

—¿También lo sientes, verdad?

—Sí —contestó en un susurro. Bajó la mirada y dio un paso atrás. Cuando alzó la vista, Leander se dio cuenta que se había protegido en una muralla, donde sabía no sería fácil poder acceder, pero sería paciente y le daría el espacio que necesitara.

—No te apartes, hermosa. —Tomó su rostro entre las manos, y en un impulso le dio un suave beso. Apenas se rozaron sus labios, pero fue suficiente para desearla con todo su ser.

Esmeralda no podía creer que deseara que la tomara entre sus brazos y dejarse llevar, nunca había sentido algo así, pero acababa de terminar con su novio y aquello no estaba bien. Justo en este momento, entendía a qué se referían las protagonistas al ver a su chico ideal en todas aquellas novelas que amaba leer.

—En este momento no puedo tener nada contigo. Créeme que sería la persona más feliz de poder estar contigo. Me haces sentir cosas que nunca pensé que existieran, pero estoy en un momento en mi vida que necesito cerrar primero un ciclo para comenzar otro —habló con sinceridad. A ella ya la habían engañado y sabía era mejor hablar con la verdad.

—Iremos paso a paso. ¿Te parece?

—De acuerdo.

—Pero debo advertirte que no soy paciente, y no prometo jugar limpio.

—Y yo soy la persona más terca que podrás encontrarte.

—Ya veremos —le guiñó el ojo—. ¿Te parece si vamos a cenar, y luego vamos a tu departamento a recoger tus cosas?

—Gracias, hoy cambiaste mi vida.

Cuando llegaron frente a su carro, Esmeralda lo vio con los ojos como platos.

—¿Tienes un SLR McLaren? —Lo vio como si tuviera tres ojos en la cara.

Leander soltó una risa ronca mientras se encogía de hombros, quitándole importancia. —¿Quieres manejarlo?

Esmeralda asintió emocionada mientras tomaba las llaves que le ofrecía.



Cuatro meses más tarde

Mery estaba ansiosa sentada en su oficina esperando que llegara Leander, se notaba su ausencia y a cada rato miraba el reloj. Sonrió, recordando algunos besos que habían compartido. Nunca se hubiera imaginado cómo cambiaría su vida durante estos últimos meses. Había aprendido a amarse y valorarse, y en gran parte fue por Leander que cada día la motivaba y apoyaba y la había ayudado a ganar aquella seguridad que siempre le había faltado.

Hoy podía decir que nunca había amado a Diego. Solo era un cariño, si es que se podía llamar así. Ella había necesitado que alguien la hiciera sentir aceptada y encontrar su propia familia, y él le había ofrecido eso, por lo menos al comienzo, pero la relación había estado destinada a fracasar. Daba gracias por no haberse casado con una persona que no amaba realmente. Diego solo veía por él, y nunca se preocupó por lo que realmente quería ella.

Aún no podía creer que ya habían pasado cuatro meses desde la primera vez que salieron. Esa noche platicaron durante horas sobre sus trabajos, anécdotas divertidas de la infancia y familia, pero evitaron tocar temas demasiado personales. Se sintió a gusto como hace mucho no lo hacía, y pudo ser simplemente ella, sin tener que cuidar todo lo que decía para quedar bien. En varias ocasiones se encontró comparando a Leander con Diego, y eran completamente distintos. Diego era un niño jugando a ser adulto, mientras que Leander era un hombre fuerte que había labrado su fortuna con esfuerzos y sacrificios.

Cuando fueron a su departamento, agradeció que su exnovio no estuviera ahí. No porque temiera el encuentro, sino que simplemente no quería tener nada que ver con él. Leander la ayudó a guardar sus pertenencias, las que no eran muchas, ya que solo se llevó su ropa y algunos adornos que había comprado, así que lograron acomodar todo en el carro para que se lo llevaran todo de un solo viaje.

La suite era más grande que su departamento y tenía un gusto exquisito. Algo que había dejado claro desde los primeros días que se mudó con él es que se había acabado eso de llamar para que les llevaran el desayuno y cena. Ella cocinaba para los dos y lo disfrutaba mucho. En algunas ocasiones, Leander la había ayudado y habían terminado sucios, riendo y besándose.

Cuando llevaba dos meses viviendo con él, habían tenido que viajar por *negocios* a Cancún. Para ella fue un sueño hecho realidad. No conocía el mar y se lo había platicado en una de esas largas charlas nocturnas que solían tener. Cuando vio por primera vez el agua cristalina del mar se quedó maravillada, al igual que con la suavidad del arena blanca. En Cancún compartieron también una suite, durmiendo en habitaciones separadas. No se habían vuelto a besar desde la primera noche que se conocieron. Él le había dado el espacio que quería. Pero la tensión era difícil de aguantar.

Aunque Leander había asegurado que fue un viaje de negocios, ella estaba segura que solo fue un pretexto para llevarla porque una vez allá, el supuesto socio que vería había cancelado y no podrían verse. Así que aprovecharon toda la semana para recorrer las hermosas playas y actividades que ofrece la ciudad. Nunca olvidaría Xcaret y el museo subacuático. Fueron experiencias únicas que siempre llevaría consigo.

El sonido del teléfono la sacó de sus pensamientos.

—Oficina del señor Leander Doskas, buenos días.

—Hermosa, todo salió genial en la junta —escuchó la alegre voz de su jefe y hombre que amaba al otro lado de la línea.

—No sabes cuánto me alegro. ¿Ya por fin me contarás de qué se trata?

—Voy camino para allá y te cuento, tesoro. Estaré ahí en treinta minutos.

Se despidieron y Mery apretó el teléfono contra su pecho. Hace un mes por fin había admitido lo inevitable: se había enamorado perdidamente de Leander. Y tenía miedo porque él jamás le había mencionado que esto fuera más allá de una relación temporal. En un par de meses terminaría el proyecto en México y se iría de regreso a Grecia, y con él se llevaría su corazón, pero no le reprocharía nada y él la vería sonreír hasta el último momento, porque Leander le había dado tanto y nunca le había mentado.

No eran novios, pero tampoco eran solo amigos. Por fin tomó el valor de dar el siguiente paso, en cuanto llegara le iba a pedir el día libre para preparar todo para la noche. Quería ser de él, en cuerpo y alma, sin importar el mañana.



Leander entró sonriendo, orgulloso. Ella se levantó de golpe y sin esperar que le dijera nada, se recargó contra su firme pecho. Sintiendo los latidos acelerados de su corazón, alzó su rostro ofreciendo sus labios en una clara

invitación que Leander no dudó en responder con entusiasmo. Se besaron como si no hubiera mañana, recorriendo con sus manos sus cuerpos, rompiendo aquellas barreras que habían establecido. Se separaron jadeando con sonrisas plasmadas en sus rostros.

—¿Significa que ya estás lista? —inquirió Leander, mientras le acariciaba el rostro con dulzura.

—Sí. Ya no hay más barreras. Ni marcha atrás. —Le pasó los brazos por el cuello al mismo tiempo que él la cargaba.

—Gracias, gracias, gracias. —Repartiendo besos por su rostro entre cada palabra.

—Gracias a ti por esperarme.

—Siempre —dijo, antes de volver a besarla.

Alguien se aclaró la garganta, y Mery escondió el rostro avergonzado en el cuello de Leander.

—¿Necesitabas algo, Rafael? —le preguntó a su chofer con tono impaciente. Quería estar a solas con la mujer que amaba.

—Dejó estos documentos en el carro. Pensé que los necesitaría. —Le entregó los papeles.

—Gracias, Rafael. Déjalos en mi oficina y toma el resto del día libre —dijo sin soltar a Esmeralda, que no se atrevía a separar el rostro de su cuello.

Una vez que estuvieron a solas de nuevo, Mery le preguntó—: ¿Ahora si me dirás de qué se trataba la junta de esta mañana?

—Creo que hay cosas más importantes de las que tenemos que hablar. — Mery le dio una mala mirada, así que rodó los ojos—. De acuerdo, de acuerdo. Hoy por fin, terminé las negociaciones y el proyecto ya está terminado —dijo feliz de haber solucionado todo aquello. Le había costado mucho poder llegar a un acuerdo con las empresas mexicanas, pero habían logrado encontrar una solución. Por primera vez había sentido que estaba a punto de tener el primer revés en su carrera.

—Muchas felicidades —lo felicitó, aunque sintió que su corazón se rompía. Ya nada lo ataba a México, regresaría a Grecia en cualquier momento. No había pensado que el momento de separarse llegaría tan pronto—. Nunca dudé que lo lograrías.

—Gracias, tesoro. Sin ti no lo habría logrado. —Habían trabajado durante tardes y noches completas, buscando estrategias y puntos que pudieran darle ventaja en las negociaciones.

—¿Crees que si le pido a mi jefe que me deje salir temprano, me deje? —Se apretó contra él con una sonrisa coqueta.

—Mmm. Estoy seguro que si le das un incentivo adecuado, estaría dispuesto a dejarte ir temprano, aunque echará horriblemente de menos verte en la oficina.

—Será suficiente que le diga que tengo que ir a preparar una noche romántica con un griego con los ojos azules más hermosos que he visto.

Leander la vio a los ojos para asegurarse de haber entendido bien.

—Sabes que no tienes que apresurar nada, hermosa.

—Lo sé. Esto es algo que he querido desde hace tiempo.

—Pequeña bruja —dijo, gimiendo—, me harás pasar un infierno contando las horas para estar contigo.

—Llega temprano a casa. No me dejes esperando.



Leander entró a las siete a la suite. Cuando abrió la puerta, escuchó la música de jazz que venía de su habitación, un camino de rosas lo guiaban hasta el cuarto, y con una sonrisa recorrió el camino. Antes de entrar encontró una nota que decía:

A veces las cosas necesitan ir mal para que podamos encontrar nuestro camino. No importa quiénes fuimos ayer, sino quiénes somos hoy. El pasado puede ser doloroso, pero nuestro futuro no tiene por qué ser así. Gracias por confiar en mí, y enseñarme a ser más fuerte.

P.D. ¿Qué esperas? Borra esa sonrisa de tu rostro y trae tu trasero conmigo...

Guardó la nota en su saco y entró a la habitación, a un lado de la cama había una pequeña mesa con una vela y una deliciosa cena. —Si cada vez que salgas temprano, así me recibirás, prometo dejarte salir a la hora que quieras —dijo con la voz enronquecida, acercándose a ella, devorándola con la mirada.

—Si me consientes así, me acostumbraré y será difícil que me metas en cintura de nuevo.

—Mmm... Conozco ciertas formas...

—¿Cuáles? —lo provocó. Cuando estuvo frente a ella, se comenzaron a besar. Leander inició un camino de besos por su rostro y cuello hasta llegar a sus hombros, y un suspiro escapó de los labios de Mery.

Leander empezó a desabrochar su vestido, sin separar sus labios de la tersa piel. —Espera Leander, la cena —dijo apenas en un susurro, sin mucha convicción.

—Después —gruñó Leander.

Se entregaron sin reservas, tratando de demostrar con cada caricia, beso y roce de su piel, el amor que no se habían atrevido aún a confesar. Leander yacía agotado en la cama con la persona más importante de su vida entre sus brazos durmiendo tranquilamente. Se prometió que mañana le pondría su anillo en el dedo y le confesaría sus sentimientos.

A media noche, se levantaron a cenar y terminaron haciendo el amor una vez

más. Eran más de las dos de la mañana cuando por fin cayeron agotados.



A las siete de la mañana, Leander ya salía del cuarto del baño, recién duchado y arreglado para ir a la joyería que abrirían solamente para él, para escoger el anillo de compromiso.

Mery se movió entre sueños y se acercó al centro de la cama para buscar el cuerpo de Leander, pero no había nadie. Abrió un poco los ojos, buscándolo y lo encontró al pie de la cama, observándola con una sonrisa en los labios y un brillo especial en los ojos. La esperanza comenzó a crecer en ella.

—¿A dónde vas? —Se sentó en la cama sin preocuparse en cubrir la desnudez de su cuerpo, y vio la hora que marcaba el reloj.

—Descansa, cariño, es temprano. Tengo una junta pronto, así que llega más tarde a la oficina.

—¿Qué junta? —Se extrañó. Era ella la que llevaba su agenda y no recordaba nada para ese día, y menos para esa hora.

—Hace rato recibí un correo del señor Fraga. Sale de viaje esta tarde y quiere reunirse conmigo antes de irse.

—Oh —dijo decepcionada. Entonces, aquel brillo era por un nuevo negocio —. Dame quince minutos y me voy contigo.

—No, tú descansa, hermosa. —Se acercó a ella y le dio un beso en los labios —. Esos sí son buenos días.

—Pero...

—Nada de peros. Duerme un rato más y al rato me alcanzas en la oficina, ¿te parece? —Le pasó el dedo por las suaves ojeras que se habían marcado en su rostro.

—Solo porque tengo demasiado sueño porque alguien no me dejó dormir. —
Sonríó, y se despidieron con un beso en los labios.

A las diez de la mañana, Mery llegó a la recepción con una sonrisa tonta en los labios. Aún podía sentir las manos de Leander recorrer su cuerpo.

—Hola, Edith. ¿Está el señor Doskas en su oficina? —le preguntó a la recepcionista.

—El señor Doskas aún no llega.

—¿No vino temprano? —preguntó, extrañada.

—No. ¿Quieres que te enlace con él?

—No, no te preocupes —se despidió y fue a su oficina. Solo por una fracción de segundo se le pasó por la cabeza que Leander podría estar con otra, pero enseguida descartó esa posibilidad, él era la persona más honesta que había conocido y jamás haría algo así. Lo más seguro es que se habrían citado en algún lugar para desayunar.

Se puso a trabajar con unos expedientes que tenía que entregar hoy. La verdad es que ya casi no había trabajo, ya era cuestión de días para que terminara su trabajo con Leander. ¿Debería arriesgarse y decirle lo que sentía? Tenía que hacerlo, solo debía pensar en cómo.

La notificación de un nuevo correo electrónico la distrajo y cuando vio el remitente, lo eliminó sin abrirlo. Desde hace unos días, Diego había comenzado a mandarle mensajes a su celular, correos e incluso le había marcado, pero ella jamás respondía. No le interesaba nada que tuviera que decirle.

Su celular comenzó a sonar y sin ver quien era contestó—: Deja de llamarme. No tenemos nada que hablar. —Iba a colgar, pero escuchó la voz de Leander al otro lado de la línea.

—¿Cariño, está todo bien?

—Sí, no te preocupes. No me fijé que eras tú.

—¿Quién te está marcando? —El todo duro de su voz la sorprendió.

—Diego me ha estado mandando mensajes y algunos correos. —No quería ocultarle nada. Hubo un largo silencio—. ¿Sigues ahí?

—Sí.

—Ya te extraño —trató de cambiar de tema. No le gustaba como iba la conversación.

Leander se apretó el puente de la nariz y trató de relajarse. No iba a dejar que ese idiota se metiera en su camino.

—Y yo a ti, cariño. Ya voy en camino, llegó en unos veinte minutos. ¿Crees poder tener todo listo solo para firmar los expedientes e irnos?

—Claro. Ya están en tu escritorio y no tengo trabajo ya.

—Perfecto, piensa en mí en lo que llevo.

—No haré otra cosa. No puedo parar de recordar la noche anterior.

—Quizá llevo en diez minutos.

—Quiero que llegues vivo, así que maneja con cuidado y no corras.

—Lo prometo.

Cuando colgaron, Mery se quedó reflexionando en la llamada. Hablaban con demasiado cariño para ser algo temporal. No sabía si solo se estaba haciendo esperanzas basadas en señales que no había, pero se arriesgaría cuando llegara el momento.

Quince minutos después, Edith entró en su oficina con una mirada apenada.

—¿Qué pasó, Edith?

—Hay un Diego Becerril que está preguntando por ti. Aún recuerdo que me habías dicho que no te pasara nada que tuviera que ver con él, pero dice que no se irá hasta no hablar contigo. ¿Qué hago?

Enojada, Mery contestó entre dientes—: Déjalo pasar, y si ves que en quince minutos no se va, mandas a seguridad, por favor. —No quería que se encontrara con Leander, sobre todo después de la llamada de hace rato.

Adoptó la actitud que tomaría con un cliente obstinado, y cuando Diego entró, se preguntó cómo pudo haberlo aguantado durante tanto tiempo. Era guapo, sí, pero no tenía nada de personalidad, o quizá era que Leander dominaba con su presencia cualquier lugar, de forma natural.

—¿Qué quieres, Diego?

—Hola, Esmeralda. Te ves diferente.

Mery enarcó una ceja. —Y tú te ves... igual —dijo con un poco de burla.

—Necesito hablar contigo.

Siempre se trataba de lo que él necesitaba o quería. —Estás hablando conmigo, así que di ya lo que quieres.

—Vamos a un lugar más privado.

Mery soltó una carcajada sin humor. —No iría contigo ni a la entrada del edificio. Para serte sincera no me interesa nada de lo que tengas que decir, solo acepté verte para que te marches de aquí.

—Por favor, Esmeralda, no seas así. Sé que cometí muchos errores y que fui un estúpido al haberte engañado. Y hasta que no estuviste a mi lado, no me di cuenta de lo que había perdido y lo que te amo.

—Tú no sabes lo que es amor, solo te amas a ti, y todos los demás somos unos peones que estamos para servirte.

Diego se acercó a su asiento, Mery se tensó y se apartó lo más que pudo. Su exnovio se dejó caer de rodillas frente a ella y tomó sus manos entre las suyas. —Por favor, Esmeralda. Te amo y sé que tú me amas, y juntos podemos ser felices. Si me dices que sí...

No pudo terminar lo que estaba diciendo porque Leander entró con un bramido enojado, lo levantó de la playera y estrelló contra la pared. Mery se

quedó congelada en su lugar, nunca había visto a Leander perder los estribos.

—Aléjate de ella, imbécil —le amenazó, Leander.

—No te metas en esto. Es entre ella y yo —contestó enojado, mientras lograba soltarse del agarre de Leander.

—Ya no hay un ella y tú. Perdiste tu oportunidad —le dio un puñetazo en la cara, haciendo que sangrara la nariz de Diego—. Eso es por haberla dañado.

Mery soltó un grito, se acercó corriendo a ellos y se puso frente de Leander, antes de que Diego tratara de golpearlo. —¡Ya basta los dos!

—¿Tú quién diablos eres? —gritó Diego, agarrándose la nariz para evitar que saliera más sangre.

—Soy su futuro esposo, el hombre que la ama.

Mery jadeó y se giró para verlo a la cara. — ¿Es cierto eso?

—¿Cómo puedes dudarlo? Te he expresado mi amor con cada beso, caricia y detalle que he podido. Eres el amor de mi vida, la futura madre de mis hijos y la persona con la que quiero envejecer. —Sus ojos se suavizaron al decir aquellas palabras.

—Pero...

—Nada de peros. ¿Acaso no has notado que estoy bajo tu hechizo? Te amo. No me preguntes cómo ni cuándo pasó, simplemente pasó.

—Te amo —fue todo lo que pudo decir Mery antes que Leander la estrechara entre sus brazos y la besara como si no hubiera mañana.

Cuando por fin se separaron, recordaron que había un invitado indeseado con ellos. Se giraron y no había nadie, la puerta estaba cerrada y Mery agradeció mentalmente a Edith. Estaba segura que era obra de ella.

—¿Así que futuro esposo? —bromeó Mery, feliz.

Leander se puso de rodillas y sacó el anillo que había escogido para ella y comenzó a decir—: ¡Había planeado hacer todo esto de una forma diferente!

Pero Esmeralda Estevez, ¿me harías el honor de casarte conmigo?

—¡Sí, sí, sí! —contestó entre lágrimas. Leander la abrazó y se quedaron así, disfrutando del momento—. Pensé que te irías a Grecia sin mí —agregó después de unos minutos en un susurro Mery.

—Jamás me habría ido sin ti, pequeña.

—Solo hay una cosa que me gustaría saber. —Se mordió el labio, nerviosa.

—Pregúntame lo que quieras.

—Macy mencionó unas heridas que tenías y nunca hemos hablado de eso, y de por qué llevabas anillo de casado el día que te conocí.

—Ven. —La llevó a su oficina y la ayudó a sentarse en el sillón, mientras él iba a preparar unas bebidas—. Es difícil para mí hablar de esto.

—Si no estás listo aún, lo comprendo.

—No, quiero que tengamos total confianza entre nosotros. —Le entregó su bebida y se sentó a su lado—. Cuando tenía veinticuatro años, ya había ganado mi primer millón y me sentía el dueño del mundo. Una tarde, conocí a Angela. Era la modelo más cotizada en aquella época y enseguida mostró interés por mí. Me sentí halagado. Comenzamos a salir y todo iba a bien, un día me dijo que estaba embarazada, así que hice lo que se esperaba de mí, le pedí matrimonio aunque mis padres no estaban de acuerdo. Las primeras semanas después de la luna de miel fueron tranquilas y podría decir que felices, pero un día cuando llegaba de la oficina la encontré drogándose. Peleamos como nunca y dijo que no quería a ese bebé, que lo quería muerto, y que solo había buscado embarazarse por mi dinero. La metí en un centro rehabilitación. Salió dos meses después, ya tenía seis meses de embarazo, el bebé crecía bien. Pensé que teníamos un acuerdo de paz, pero nunca me imaginaba que estaba planeando vengarse de mí por haberla internado en aquella clínica. Yo tenía un hermano gemelo...

—¡No sabía que tuvieras un hermano! Pensé que solo tenías una hermana —interrumpió Mery sin pensarlo.

—Casi nadie lo sabe. Él siempre fue tímido, distraído y le costaba hacer

amigos. Angela lo sedujo y lo hizo probar las drogas. Se hizo adicto, y una noche llegó la policía a la casa y nos dijo que habían encontrado los cuerpos sin vida de Angela y Lucas en un motel. Tuvieron una sobredosis, murió mi hijo y mi hermano por culpa de una venganza. Desde ese día me había prometido nunca más darle el poder a una persona de hacerme daño. Pero desde que te vi, supe que estaba perdido.

—Siento todo esto que pasaste. Ellos decidieron su destino. Y tu hijo es un pequeño ángel que estoy segura solo quiere seas feliz.

—Te amo.

—Y yo a ti.



Trece meses después

¡Feliz aniversario! Cuando estás con tu alma gemela, cada amanecer es una experiencia diferente a su lado, las palabras no son necesarias, con una sola mirada expresas todo lo que sientes y piensas. Hay una fuerza en tu vida que los hace superar juntos todo lo que les depara el destino.

Gracias por ser mi alma gemela
Te amo.

P.D. ¡Felicidades, futuro Papá! Por si tienes duda, sí, tendremos gemelos.

Leander guardó la nota. Aquel detalle se había hecho una costumbre entre ellos. Abrió la puerta de su habitación, emocionado, y ahí estaba la mujer que amaba, esperando por él como siempre...

